



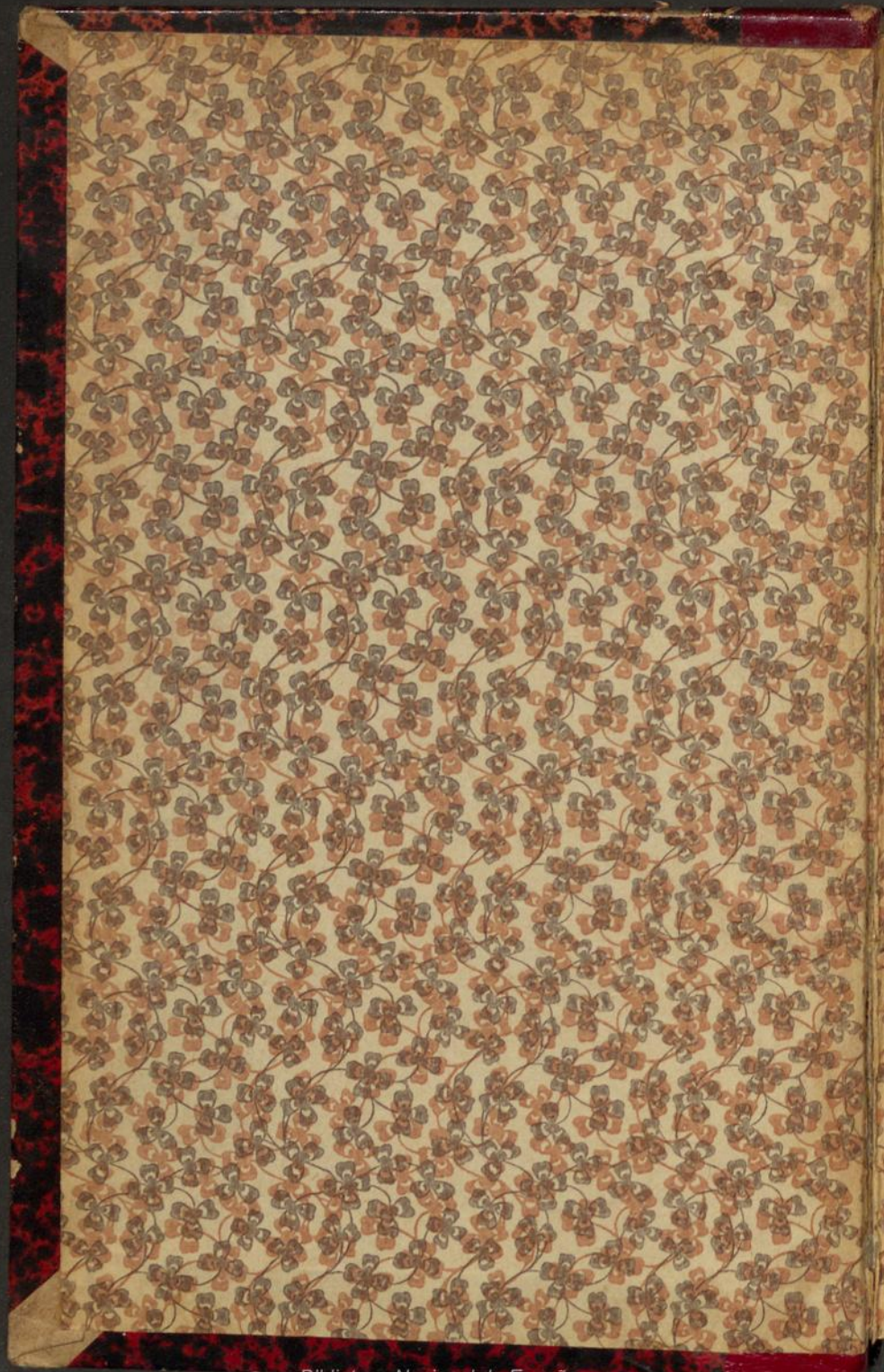
BIBLIOTECA
ILUSTRADA
13

MARIA PEZ

MARIA DE O

16924







16924

~~5~~
~~98/44~~

18

8^o m

p/ho

122
2

16 8^o

BIBLIOTECA ILUSTRADA PARA NIÑOS

XIII

540

5
9844

A



.....que ponerse á tomarlo con los perros y los gatos.....

4218-

CUENTOS DE CALLEJA

M A R Í A P E Z
Y
M A R Í A O R O

I L U S T R A D O S P O R
M É N D E Z B R I N G A S, M. Á N G E L
Y D Í A Z H U E R T A S



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1916

M A D R I D

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS

MADRID.—Imp. de Ramona Velasco, Libertad, 31.—Tel. 32-62.



MARÍA PEZ Y MARÍA ORO

Una vez había una viuda que tenía dos hijas, la una hija propia suya y la otra hijastra; las dos se llamaban María. La hija propia no era buena ni piadosa; la hijastra, por el contrario, era una niña humilde y discreta, que tenía que sufrir muchos malos tratos y afrentas de la madrastra y de la hermana. Sin embargo, era complaciente, hacía infatigablemente los trabajos de la cocina, y lloraba muchas veces, pero sólo ocultándose en su alcobita, cuando tenía que sufrir tantas injusticias de su madre y de su hermana. Pero siempre tardaba poco en volverse á poner tranquila y alegre, diciéndose á sí misma: «No tengas pena, ya te ayu-



.... y lloraba muchas veces....

dará el amoroso Dios.» Después se ponía á continuar su trabajo con aplicación, y lo hacía todo con curiosidad y esmeradamente. Para su madrastra no trabajaba nunca bastante, y un día hasta llegó á decirle: «María, no te puedo tener más tiempo en casa; trabajas poco y comes mucho, y tu madre no te ha dejado ningunas riquezas ni tu padre tampoco; todo es mío, y yo no puedo ni quiero alimentarte más, por esto tienes que irte de casa y buscar colocación de criada en casa de algún señor.» Y la coció una torta de ceniza y de leche; llenó un cantarito de agua, entregó ambas cosas y la pobre María y la echó de casa.

Mariquita estaba muy angustiada por esta dureza, pero echó á andar animosamente por montes y valles pensando: «Ya te tomará alguien por criada, y quizá los extraños serán más buenos contigo que tu propia madre.» Cuando tuvo hambre se sentó en la hierba, sacó su tortita de ceniza, bebió en su cantarito, y vinieron volando en su derredor muchos pajaritos, picaron en su tortita, y ella echó agua en el hueco de su mano y dió de beber á los alegres pajaritos. Y su tortita de ceniza se convirtió en una hermosa torta de harina, su agua en el más precioso vino.

Confortada y alegre prosiguió su camino la pobre María, y cuando ya se hizo obscuro, llegó á una casa de extraña construcción, rodeada de un

jardín con dos puertas, la una aparecía negra, cubierta de pez, la otra era de oro puro. Modestamente entró María por la puerta menos hermosa en el patio y llamó á la puerta de la casa. Un hombre de aspecto huraño y salvaje abrió la puerta y la preguntó con aspereza lo que deseaba. Ella dijo temblando:

—Sólo quería preguntar si eran ustedes tan bondadosos que me diesen albergue esta noche.

Y el hombre murmuró:

—Pasa adelante.

Ella le siguió, y se asustó más y se puso á temblar cuando no vió dentro de aquellas habitaciones más que perros y gatos, y sus detestables aullidos. Fuera del salvaje Turcomano (que así se llamaba este hombre), no habitaba nadie más en toda la casa.

—Ahora—murmuró el Turcomano á Mariquita—¿dónde quieres dormir mejor, en la alcobita dorada, ó con los perros y los gatos?

Mariquita le contestó:

—Con los perros y los gatos.

Pero tuvo que dormir en la alcobita dorada, en una hermosa y blanda cama, donde pasó la noche magníficamente y tranquila.

Por la mañana gruñó Turcomano:

—¿Con quién quieres almorzar mejor, conmigo ó con los perros y los gatos?

Y ella le dijo:

—Con los perros y los gatos.

Pero tuvo ella que tomar con él café y dulce nata. Cuando Mariquita quiso irse, gruñó Turcomano:

—¿Por qué quieres salir, por la dorada ó por la de pez?

Y ella dijo:

—Por la puerta de pez.

Pero tuvo que salir por la dorada, y al pasar se subió Turcomano encima de la hoja de la puerta y la sacudió tan fuerte, que osciló, y María se cubrió toda del oro que caía de la puerta dorada.

Entonces se volvió á su casa, y, al entrar, la salieron volando alegremente al encuentro las gallinitas que ella alimentaba en otro tiempo, y el gallo gritó cantando:

—¡Quiquiriquí, ya vino la Mariquita de oro!
¡Quiquiriquí!

Y la madre bajó las escaleras y se arrodilló tan respetuosa ante la dorada dama, como si hubiera sido ésta una princesa, que le hacía el honor de visitarla. Pero Mariquita le dijo:

—Querida madre, ¿no me conoces ya? Yo soy Mariquita.

Entonces vino también su hermana, tan asombrada y sorprendida como la madre, y tan llena de envidia, y Mariquita tuvo que contarles cuán

admirablemente la había ido, y cómo había conseguido su oro.

La madre la recibió entonces bien en su casa y también la trató mejor que antes, y Mariquita fué honrada y amada de todos; también encontró pronto un gallardo joven que se llevó á Mariquita como esposa á su casa y vivió feliz con ella.

Pero á la otra María le mordía el corazón la envidia, y resolvió también salir de su casa para volver cubierta de oro. Su madre le dió dulces pasteles y vino para el viaje, y cuando María se puso á almorzar y acudieron también á comer los pajaritos, los espantó enfadada. Pero sus pasteles se convirtieron invisiblemente en ceniza, y su vino en insípida agua. Por la noche vino María igualmente á la casa de Turcomano; entró soberbiamente por la dorada puerta del jardín y se puso á llamar en la puerta interior. Cuando vino Turcomano y preguntó lo que quería, le dijo ella con tono desdedoñoso:

—Ahora quiero pasar la noche aquí.

Y él murmuró:

—¡Pasa adentro!

Después la preguntó también:

—¿Dónde quieres dormir mejor, en la alcoba dorada ó con los perros y los gatos?

Ella dijo inmediatamente:

—¡En la alcoba dorada!

Pero él la llevó á la sala en que dormían los perros y los gatos, y la encerró dentro.

Por la mañana estaba María espantosamente arañada y mordida. Turcomano murmuró otra vez:

—¿Con quién quieres tomar café, ¿migo ó con los perros y los gatos?

—Pues con usted—dijo ella; y tuvo que ponerse á tomarlo con los gatos y los perros.

Entonces quiso irse, pero Turcomano murmuró de nuevo:

—¿Por qué puerta quieres salir, por la de oro ó por la de pez?

Y ella le contestó:

—¡Por la puerta de oro, eso no es necesario preguntarlo!

Pero esta puerta fué inmediatamente cerrada, y tuvo que salir por la puerta de pez, y Turcomano se subió encima de esta puerta, la agitó y sacudió haciéndola oscilar, y cayó tanta pez sobre María, que se llenó la ropa, quedando toda ella cubierta.

Cuando María vino á casa furiosa, por su fea facha, le cantó el gallo saliéndole al encuentro:

—¡Quiquiriquí, aquí viene María Pez! ¡Quiquiriquí!

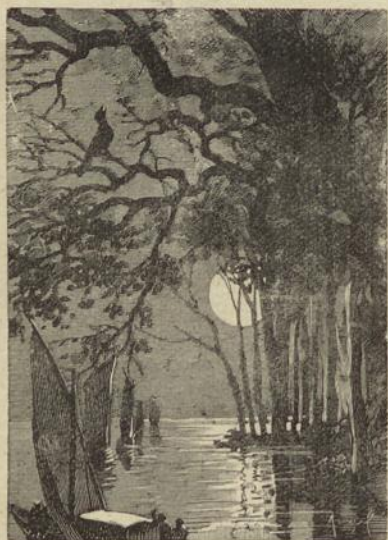
Y su madre volvió la cara á otro lado llena de espanto, y no pudo enseñar á las gentes su fea hija, quien quedó bien castigada con haber sido cubierta de pez en vez del oro que ella esperaba.



EL RUISEÑOR ARTIFICIAL

En China, ya debéis saberlo, queridos niños, el Emperador es un chino, y todos los que le rodean son también chinos. Hace muchos años (prestad atención á esta historia, que se olvida pronto), el castillo del Emperador era el más hermoso del mundo: todo estaba hecho de porcelana tan preciosa, tan frágil, tan delicada, que había que tener mucho cuidado al tocarla. En el jardín se veían las flores de más hermosos matices; las más bonitas tenían colgadas campanillitas de plata, que repicaban cada vez que alguno pasaba cerca, á fin de que no se olvidase de mirar á las flores. Todo lo que había en aquel jardín del Emperador estaba tan artísticamente dispuesto, y el jardín se exten-

día hasta tan lejos, que el mismo jardinero nunca le había visto el fin. Marchando por él siempre adelante, se llegaba á un hermoso bosque, lleno de árboles muy altos y cortado por lagos; este bosque se extendía hasta el mar, que desde sus orillas



Habia establecido su morada un ruiseñor.

era ya azul y profundo. Los barcos podían llegar hasta por debajo de los árboles. En una de las ramas que colgaban por encima de las aguas había establecido su morada un ruiseñor, y cantaba tan dulcemente, que los pobres pescadores, preocupados con tantas otras cosas, se detenían para escucharle durante la noche, en vez

de seguir para recoger sus redes.

—¡Ah, Dios mío! ¡qué hermoso pajarillo!—decían.—Sin embargo, tenían que renunciar á los cantos del pájaro para pensar en ganarse la vida; pero á la noche siguiente volvían á detenerse de

nuevo y á exclamar:—¡Dios mío, qué deliciosamente canta!

Acudían á la ciudad viajeros de todos los países del mundo, y todos se maravillaban, tanto de la magnificencia del castillo como de la del jardín; pero cuando habían oído cantar al ruiseñor, todos decían:

—¡Eso es lo más hermoso!

Y de regreso en su país, los viajeros contaban todas estas maravillas, y los literatos escribieron obras acerca de la ciudad, del castillo y del jardín. Claro está que no se olvidaron del ruiseñor, que llevaba la mejor parte en sus relatos; y los que sabían hacer versos escribieron elocuentes poemas en honor del humilde cantor del bosque, que habitaba cerca del gran lago.

Estos poemas se hicieron populares, y algunos llegaron hasta el Emperador. Sentóse en una silla



Sentóse en una silla de oro.

de oro y se puso á leerlos. A cada instante movía la cabeza: tanto le entusiasmaban las magníficas descripciones del castillo, de la ciudad y del jardín.

Pero, decían los libros y los poemas, entre todas las maravillas de la corte imperial, el ruiseñor es lo más prodigioso.

—¿Qué es eso?—dijo el Emperador.—¿El ruiseñor? No lo conozco. ¿Existe semejante pájaro en mi imperio, y hasta en mi jardín? Nunca he oído hablar de él, y los libros son los que me lo enseñan.

En seguida llamó á su ayudante de campo. Era éste de tal modo orgulloso, que siempre que un inferior se atrevía á dirigirle la palabra, no se dignaba responder más que con un ¡*Psch!*!, lo cual no tiene gran significación en ningún idioma.

—Parece que hay en mis dominios un pájaro muy curioso que se llama ruiseñor—dijo el Emperador.—Dicen que es lo que hay más hermoso en toda la extensión de mi imperio. ¿Cómo es que nadie me ha hablado de él?

—Jamás he oído hablar de tal pájaro—repuso el ayudante de campo—ni nunca tuvo el honor de ser presentado en la corte.

—Pues quiero que me lo presenten esta noche y que cante delante de mí—dijo el Emperador.—¿Está bueno eso de que todo el mundo conozca los tesoros que poseo y yo los ignore!

—Repito que jamás he oído hablar del ruiseñor—replicó el ayudante de campo;—pero le buscaré y le encontraré.

Pero ¿cómo hallarle? El ayudante de campo subió y bajó todas las escaleras, atravesó los corredores y los salones, preguntó á todos los que encontraba: nadie había oído hablar del ruiseñor.

Volvió, pues, al lado del Soberano, y dijo que, sin duda, los que habían escrito aquellos libros habían querido hacer una fábula.

—Vuestra Majestad Imperial —añadió— no puede imaginarse las mentiras que se permiten los escritores. Eso no son más que invenciones y fantasmagorías.

—Podrá ser así—replicó el Emperador;—pero el libro en que lo he leído me lo ha enviado el poderoso Emperador del Japón, y por consiguiente, no puede contener mentiras. Quiero oír al ruiseñor; es preciso que esta noche esté aquí; y si no viene, mando que á tí y á todos los cortesanos se os pisotee la barriga después de cenar.

—La cosa es grave—se dijo el ayudante de campo; y volvió á subir y bajar escaleras y atravesar salas y corredores, seguido de la mitad de los cortesanos, que no tenían el menor deseo de que les magullasen la barriga á pisotones.

Fácilmente se comprende cuántas preguntas harían á todo el mundo acerca del maravilloso

ruiseñor, al que no conocía ninguna de las personas de la corte.

Al fin encontraron en la cocina á una pobre niña que dijo:

—Conozco perfectamente el rruiseñor. ¡Oh, y qué bien canta! Me han dado permiso para llevar todas las noches á mi pobre madre enferma algunas sobras de la mesa; vive allá abajo, junto á la playa, y cuando vuelvo á nuestra casa, me detengo en el bosque, porque oigo cantar al rruiseñor. Muchas veces acuden las lágrimas á mis ojos, porque la voz de ese pajarito me gusta tanto, como si mi madre me abrazase.

—Cocinerita — dijo el ayudante de campo — te agregaré oficialmente á la cocina y te daré permiso para ver comer al Emperador, si quieres llevarnos adonde está el rruiseñor, porque está invitado para hoy á la reunión de la corte.

No hay que decir que la niña aceptó regocijada. Marcharon hacia el bosque donde cantaba el rruiseñor de ordinario, y á la mitad del camino se oyó bramar á una vaca.

—¡Oh! — dijo el ayudante de campo; — allí está, sin duda. ¡Qué voz tan fuerte tiene para ser un pájaro tan pequeño! Á fe mía, me parece que ya le he oído otras veces.

—No: esas son vacas que braman — dijo la cocinerita; — todavía tenemos que andar un rato.

Las ranas del pantano empezaron á cantar.

—¡Dios mío, qué hermosa voz!—dijo el capellán de la corte.—Ya le oigo; es tan armonioso como las campanas pequeñas de la iglesia.

—No, esas son ranas—dijo la cocinerita;—pero creo que le oiremos dentro de poco.

En efecto, el ruiseñor empezó á cantar al breve rato.

—¡Él es!—dijo la niña;—escuchad, allí está.

Y señaló con el dedo un pajarito gris que estaba en lo alto de las ramas.

—¿Es posible que sea un animalillo tan pequeño?—

dijo el ayudante de campo. — ¡Nunca

me lo habría imaginado así! ¡Qué aire tan sencillo y modesto! Seguramente ha perdido todos sus colores de emoción al verse rodeado por tan grandes personajes.

—Rruiseñor—le gritó la conicerita;—nuestro



¡El es!—dijo la niña.

poderoso Emperador desea que cante usted delante de él. ¿Será usted tan amable que acepte?

—Con mucho gusto—contestó el ruiseñor.

Y comenzó á cantar de tal manera, que le oían conmovidos.

—Es una melodía delicadísima—dijo el ayudante de campo—y maravilla ver cómo trabaja su pequeña garganta. Es verdaderamente extraño que no lo hayamos oído hasta ahora: obtendrá gran éxito en la corte.

—¿He de cantar de nuevo delante del Emperador?—preguntó el ruiseñor que creía que Su Majestad estaba allí.

—Mi precioso ruiseñor—dijo el ayudante de campo;—tengo gran placer en invitar á usted para esta noche á una gran fiesta que ha de celebrarse en la corte, donde entusiasmará usted á Su Majestad Imperial con su agradable canto.

—Se oye cantar mucho mejor en medio del verdor de los campos que en ninguna otra parte; sin embargo, iré con gusto, puesto que el Emperador lo desea—respondió el pajarillo.

En el castillo se habían hecho preparativos extraordinarios. Las paredes y las baldosas de porcelana brillaban á los rayos de cien mil lámparas de oro; las flores más hermosas, con campanillas de plata y oro, adornaban los corredores. Habíase establecido, con el movimiento que reinaba, una

doble corriente de aire que movía todas las campanillas y no dejaba oír

En medio del gran salón en que el Emperador estaba sentado, se había puesto una varilla dorada para el ruiseñor. Toda la corte estaba presente, y la cocinerita había obtenido permiso para mirar la fiesta por la rendija de la puerta, porque, la habían concedido el título de *cocinera imperial*, ya que merced á ella, se había encontrado el pajarito.

Estaban todos vestidos con el mayor lujo y con trajes de etiqueta, y las miradas estaban fijas en el modesto pajarito gris, al cual se dirigían todos los movimientos de cabeza del Emperador.

El ruiseñor empezó entonces á cantar de una manera tan admirable, que hizo saltar las lágrimas de los ojos del Emperador. Sí; las lágrimas co-



Habia obtenido permiso para mirar.

rrían por las mejillas del Emperador, y el ruiseñor cantaba cada vez con más dulzura. Su voz llegaba hasta el fondo de los corazones, y el Emperador estaba tan contento, que quiso poner al ruiseñor su zapatilla de oro al cuello, pero el ruiseñor rehusó: su recompensa era ya bastante grande.

—He visto lágrimas en los ojos del Emperador—dijo—y eso es para mí el mayor premio. Las lágrimas de un Emperador tienen un valor inmenso; Dios lo sabe; y con haberlas visto me considero bastante recompensado.

Y volvió á comenzar su dulce canto.

—¡Qué encantadora voz! ¡Qué gorjeos tan delicados!—dijeron las damas.—Y, á fin de parecerse al ruiseñor, se llenaron la boca de agua, para hacer gorgoritos cuando hablasen. Los lacayos y los ayudas de cámara manifestaron también la más viva satisfacción; lo cual no es poco decir, porque estas gentes son muy difíciles de contentar.

El ruiseñor obtuvo completo éxito en palacio.

Desde aquel día tuvo que vivir en la corte. Le dieron una jaula, con permiso para pasearse dos veces al día y una por la noche. En cada una de estas veces era seguido por doce gentiles hombres, cada uno de los cuales llevaba una cinta de seda atada á la pata del ruiseñor, con gran cuidado para no soltarle. Tal paseo no debía ser muy agradable sin duda.

Toda la ciudad habló desde entonces del pájaro prodigioso; todas las conversaciones eran acerca de él. En cuanto dos personas se encontraban, la una decía en seguida: «el rui....» y antes que hubiese concluído, ya la otra había pronunciado «señor», y se entendían.

La popularidad de que el pájaro gozaba era tan grande, que para elogiar á los niños se los llamaba ruiseñores, aunque sus gargantas no tuvieran ni una sola nota armoniosa.

Un día el Emperador recibió un elegante paquete, en el cual había escrito este letrero: «El ruiseñor »

—Esto es, sin duda alguna, algún nuevo libro sobre nuestro célebre pájaro, pensó.

Mas, en vez de libro, se encontró con un pequeño objeto mecánico metido en una caja. Era un ruiseñor artificial, que debía imitar al ruiseñor vivo; estaba cubierto de diamantes, de rubíes y zafiros.

En cuanto se dió cuerda al mecanismo, principió á cantar uno de los trozos que el verdadero ruiseñor cantaba mucho mejor, y se veía al mismo tiempo mover su cola, en la cual centelleaban el oro y la plata. Alrededor del cuello llevaba una cinta con esta inscripción: «El ruiseñor del Emperador del Japón es pobre en comparación del del Emperador de la China.»

—¡Esto es magnífico; esto vale mucho más!— exclamaron todos los cortesanos.

Y el que había llevado el pájaro artificial recibió una porción de cruces y el título de gran introductor de ruiseñores cerca de S. M. Imperial.

—Que canten juntos—dijo el Emperador—y harán un magnífico dúo.

Se les hizo cantar juntos, pero el dúo no salió bien, porque el verdadero ruiseñor cantaba según su inspiración natural, y el otro obedecía al movimiento de los cilindros, puesto que no era sino una cajita de música.

—El dúo sale mal por culpa de aquél, y no de éste—dijo el director de orquesta de la corte, designando al pájaro artificial—porque canta perfectamente á compás, y nadie diría sino que ha sido discípulo mío.

Entonces hicieron cantar sólo al falso ruiseñor, y obtuvo tanto éxito como el verdadero, agradando mucho más á la vista, porque brillaba tanto como los brazaletes y los broches de las señoras de la corte.

De esta manera cantó treinta veces el mismo trozo de música, sin mostrar el menor cansancio.

De buena gana el auditorio hubiera querido que principiase de nuevo; pero el Emperador pensó que correspondía legítimamente cantar á su vez al ruiseñor vivo..... Pero ¿dónde estaba? Nadie se había

fijado en que había volado por la ventana y se había marchado á sus bosques.

—¿Qué es esto?—preguntó el Emperador;—y todos los cortesanos murmuraron llenos de indignación y acusaron de ingratitude al ruiseñor.

—Afortunadamente tenemos el mejor de los dos—dijeron;—y se consolaron haciendo cantar al pájaro artificial el mismo trozo de música por la trigésima cuarta vez.

Por lo visto, aquellos cortesanos aun no habían podido aprender la canción de memoria, porque era muy difícil.

El director de orquesta tuvo mil frases escogidas para alabar al pájaro; aseguraba que era mucho mejor que el ruiseñor verdadero, no sólo por sus vestidos y su pedrería, sino también por su organización interior.

—Porque, observadlo, gran Emperador é ilustres señores: en el verdadero ruiseñor no se puede nunca calcular con seguridad las notas que van á salir; pero en el pájaro artificial todo está determinado desde el principio. Puede explicarse, puede abrirse, puede enseñarse cómo están los cilindros, cómo dan vueltas y de qué manera se suceden los movimientos. Nada hay inesperado ni caprichoso.

—Esa es nuestra opinión—contestaron todos.

Y el director de orquesta obtuvo permiso para

mostrar el pájaro al pueblo el domingo siguiente. El Emperador mandó también que se le hiciera cantar, y todos los que le oyeron se quedaron embelesados como si se hubieran emborrachado con té, lo cual les sucede á los chinos, sobre todo si lo mezclan con opio, y todos al mismo tiempo exclamaron: ¡oh! levantando el dedo índice y moviendo la cabeza.

Pero los pobres pescadores y aldeanos que habían oído en el bosque al verdadero ruiseñor, dijeron: «este otro es muy bonito; las melodías son parecidas, pero les falta no sé qué.»

El verdadero ruiseñor fué entonces desterrado de la ciudad y del imperio.

El pájaro artificial, para quien había llegado la hora del triunfo, ocupó un puesto de honor sobre un cojín de seda al lado de la cama del Emperador. Todo el oro, todos los juguetes que le habían regalado, se colocaron á su alrededor. Había recibido el título de gran cantor imperial de los postres del Emperador, puesto que estaba clasificado con el número uno del lado izquierdo, según la jerarquía oficial de los funcionarios de la corte; porque el Emperador miraba este lado como el más importante, á causa de ser el sitio del corazón; y está demostrado que hasta los Emperadores tienen el corazón á la izquierda.

El director de orquesta, deseoso de adular al

Monarca, compuso una obra de veinticinco volúmenes acerca del pájaro artificial; el libro era tan largo y tan erudito, y de tal modo estaba lleno de palabras chinas muy difíciles, que todos se envanecían de haberlo leído y comprendido, sin lo cual se les hubiera contado en el número de los necios, y se habrían expuesto á que les pisaran la barriga.

Así continuaron las cosas durante un año. El Emperador, la corte y todo el pueblo chino sabían ya perfectamente hasta el más pequeño «gluc, gluc» del pájaro artificial. Por esta razón el trozo de música se hacía cada vez más agradable, pues así todos podían á su elección cantar con él ó acompañarle. Los muchachos en la calle cantaban *tzi, tzi, tzi-gluc, gluc, gluc*; y el Emperador también lo cantaba á solas, aunque en el fondo quizá empezaba á aburrirse un poco de no hallar variación alguna. |

Mas una noche en que el pájaro mecánico cantaba á todo cantar y el Emperador le escuchaba con delicia en su lecho, se oyó de pronto en el interior del cuerpo del pájaro: *¡crac!* y enseguida *¡br-rr-u-u!* Entonces todas las ruedas tomaron el galope, y la música se detuvo de pronto.

El Emperador saltó de la cama y envió á buscar á su médico de cámara; pero éste no pudo hacer cosa de provecho. Llamó en seguida á un relojero que, después de muchas palabras y de un largo

examen, consiguió componer el pájaro; pero recomendó que se manejase con mucho cuidado, porque los ejes estaban usados y era imposible ponerle otros nuevos.

¡Qué desgracia! Ya no se podía hacer cantar al pájaro artificial sino una vez al año, y hasta esta vez era casi demasiado, porque á lo mejor se le paraba una ruedecilla, y ¡adiós música! Pero á cada sesión solemne, el director de orquesta hacía un discurso lleno de palabras pomposas, en el que explicaba que el canto era más perfecto que nunca, por más de que no acabase de convencer á las gentes.

De este modo pasaron cinco años, y un día el país quedó sumido en un profundo dolor. Los chinos querían mucho á su Emperador; pero éste había caído enfermo y se decía que iba á morir. Ya se había elegido un nuevo Emperador, que estaba muy contento esperando que le llegase su turno, y el pueblo estaba reunido en asamblea en la plaza. Preguntóse al ayudante de campo cómo estaba el viejo Emperador, y respondió meneando la cabeza: ¡*Psch!*

El Emperador estaba tendido, pálido y frío, en su magnífico lecho. La corte le creía muerto, y todos corrían á saludar al nuevo Emperador que se daba toda la importancia propia del caso.

Los criados esparcieron por todas partes la no-

ticia, y nadie se atrevía á sonreír, aunque pensaron en cosas alegres ó graciosas. En todas partes, en los corredores y en las salas, se habían colocado los tapices para amortiguar el ruido de los pasos; todo el palacio estaba triste y silencioso. Pero el Emperador no estaba muerto. Continuaba solamente extendido, pálido y frío, en su gran cama, adornada de cortinas de terciopelo con abrazaderas de oro. La luna proyectaba su luz al través de una ventana sobre él y sobre su pájaro favorito.

El pobre Emperador apenas podía respirar; estaba tan oprimido como si alguien le hubiera pisado el pecho; abrió los ojos, y vió que delante de él estaba la Muerte, que se había puesto en la cabeza su corona de oro, y que tenía en una mano su sable, y en la otra su hermosa enseña. Alrededor, entre los pliegues de las



Delante de él estaba la muerte.

grandes cortinas de terciopelo, vió extrañas cabezas, de las cuales unas parecían espantosas y otras tranquilas y sonrientes. Eran las buenas y las malas acciones del Emperador que se presentaban para asistir á su última hora.

—¿Te acuerdas de esto?—le decían muy bajo, una detrás de otra.—¿Te acuerdas de esto otro?

Y le recordaron muchas cosas que le hicieron correr el sudor por la frente.

—No quiero escuchar tales relaciones—dijo el Emperador—¡música! ¡música! Que me traigan el gran *tan-tan* chino para que no oiga lo que dicen.

Pero las figuras continuaban hablando, y la Muerte respondía con un movimiento de cabeza chino á todo lo que decían.

—¡Pronto! ¡música! ¡música!—repetía el Emperador.—Tú, pajarito de oro, canta, canta sin cesar. Te he dado tanto oro y tantos diamantes, y hasta he colgado de tu cuello mi zapatilla. ¿Por qué no me obedeces?

Pero el pájaro continuaba mudo. No había nadie que pudiera darle cuerda, y sin este auxilio no tenía voz.

La Muerte continuaba volviendo hacia el Emperador sus órbitas hundidas, y se prolongaba el silencio de una manera espantosa.

Pero de pronto, junto á la ventana, se oyó un canto embriagador: era el ruiseñor del bosque que

cantaba en una rama. Había sabido la enfermedad del Emperador, y venía á traerle esperanza y consuelo.

Gracias al encanto de su voz, las visiones se fueron desvaneciendo cada vez más, la sangre circuló con más orden en los miembros debilitados del Emperador, y hasta la misma Muerte escuchaba embelesada diciendo:

—Continúa, ruiseñor, continúa, que me agrada oírte.

—Sí—replicó el ruiseñor;—seguiré si me das tu magnífico sable de oro, tu rica enseña, y la corona del Emperador.

Y la Muerte fué dando cada una de estas joyas por una canción, y el ruiseñor siguió cantando; cantaba al cementerio apacible donde crecen las rosas blancas, donde el tilo derrama sus perfumes, donde la hierba fresca está rociada con las lágrimas de los que viven.

Al oír tan poéticas estrofas, la Muerte sintió deseos de volverse á su jardín, y se desvaneció por la ventana como una bruma fría y blanca.

—Gracias—gracias, dijo el Emperador.—Gracias, celeste pajarito, te reconozco bien; te he desterrado de mi ciudad y de mi imperio, y sin embargo, has hecho huir á las horribles figuras que se sentaban en mi cama; has alejado la muerte de mi corazón: ¿cómo podré recompensarte?

—Ya me has recompensado—dijo el ruiseñor.— La primera vez que canté delante de tí, te arranqué lágrimas; no lo olvidaré nunca: esos son diamantes que llegan al alma de un cantor. Pero ahora duerme para que recobres las fuerzas y te restablezcas: continuaré cantando.

Y mientras cantaba, el Emperador cayó en un dulce sueño tranquilo y bienhechor.

El sol brillaba al través de la ventana, cuando se despertó fuerte, y ya curado. Ninguno de sus servidores había vuelto á su lado, pues se le continuaba creyendo muerto, y se ocupaban en adular al vivo; sólo el ruiseñor había quedado fielmente en su puesto.

—Estarás siempre á mi lado—dijo el Emperador—cantarás cuando te agrade, y yo romperé en mil pedazos al pájaro artificial.

—No hagas tal cosa—dijo el ruiseñor:—te ha hecho todo el bien que ha podido; consérvale siempre. Por mi parte, no puedo ni edificar mi nido, ni vivir en el palacio; déjame venir cuando me parezca. Por las noches cantaré en la rama inmediata á tu ventana para distraerte y hacerte pensar; cantaré por los que son felices y por los que padecen; cantaré el bien y el mal, todo lo que tú no conoces; porque el pajarito vuela por todas partes y llega hasta la cabaña del pobre pescador y del labrador, que viven lejos de tí y de tu corte.

Quiero á tu corazón más que á tu corona, y trataré de conmoverlo. Vendré y cantaré; pero me has de prometer una sola cosa.

—Todo lo que quieras—respondió el Emperador, que ya se había vestido con su traje imperial y que apretaba contra su corazón su sable de oro.

—Una sola cosa: no digas á nadie que tienes un pajarito que te lo cuenta todo. Créeme: de este modo todo irá mucho mejor.

Y el ruiseñor voló feliz y satisfecho.

Un instante después entraron los cortesanos y los servidores para ver por última vez á su difunto Emperador.

Al verle en pie, se quedaron todos embobados, sobre todo el que pensaba sucederle en el trono; pero el Emperador les dijo muy graciosamente: *Buenos días*, y añadió: *Aún pienso vivir muchos años.*



LA RAMITA DE MEJORANA.

Sobre la cumbre de una roca se alzaba un castillo lúgubre y rodeado de almenas, torreones y puentes levadizos. Unos guerreros, cubiertos de pesadas armaduras, velaban de día y de noche sobre las murallas, sin dejar acercarse á los soldados y hombres de armas, que eran los únicos huéspedes á quienes admitía en su casa el conde de Rocafuerte, señor del territorio.

Quien hubiera visto al viejo Conde pasear á lo largo de las galerías; quien hubiera escuchado su voz ronca y amenazadora, habría temblado de miedo, como temblaba su linda sobrina Juanita. ¿No habéis visto por las mañanas abrirse las ca-

puchinas á los primeros rayos del sol, entre ortigas y zarzas? De igual modo crecía la hermosa niña entre aquellos hombres feroces y rudos. Desde pequeñita suspendía sus juegos al observar el rostro amenazador del Conde, y se asustaba



Se alzaba un castillo lúgubre.

tanto, que lloraba amargamente; más tarde, cuando ya era una joven hermosa, su seno se oprimía con un terror más profundo en cuanto aparecía ante sus ojos el conde de Roca-fuerte.

Vivía la joven encerrada en un apartado torreón, y se ocupaba en bordar banderas, en rezar y en contemplar desde la ancha ventana la campiña de color de esmeralda, las blancas casitas y el cielo azul. Muchas noches, no pudiendo dormir, se levantaba para contemplar las estrellas y preguntarles qué extraños sentimientos eran los que agitaban su corazón de quince años. Después

de aquellas noches sin sueño, habría deseado recibir alguna prueba de cariño paternal del Conde; pero una frase seca, una mirada dura, la contenían y volvía temblona á su tarea. Compadecida, niñas: era como una flor fresca y perfumada que ve despreciados su brillo y su aroma.

Cierto día en que la triste Juanita seguía con la mirada una pareja de tórtolas que atravesaban los aires, oyó al pie del castillo una voz dulce, se inclinó y vió un gallardo joven que en conmovedoras canciones la pedía hospitalidad. Desde aquella altura no oyó bien sus frases; pero aquella voz era tan dulce, que de sus ojos brotaron lágrimas que, rodando por sus mejillas, cayeron en una ramita de mejorana que llevaba en el pecho. El castillo seguía cerrado, y un guardia gritó al joven desde el muro.



Soldados y hombres de armas.

—Retírate: aquí solo admitimos guerreros.

La joven siguió mirando, y tan absorta estaba, que dejó caer la ramita de mejorana humedecida por sus lágrimas á los pies del trovador, que cogió la rama, la llevó á sus labios y marchó con ella, volviendo la cabeza muchas veces.



Encerrado en un apartado torreón.

Apenas hubo marchado el gentil trovador, cayó la niña de rodillas y dió gracias al cielo por la alegría que inundaba su alma.

Aquella noche soñó que salía de entre las hojas de mejorana una hada con alas de fuego, una larga túnica verde, símbolo de la esperanza, y corona de flores.

—Juanita, dijo con armoniosa voz: soy el hada de los amores. Yo fui quien encaminó hacia aquí á Conrado, el dulce trovador, esta mañana, para ver si consigo enjugar tus lágrimas. Voy por la tierra uniendo amantes corazones, y del mismo

modo visito las chozas, que los castillos señoriales; más de una vez uní el cayado al cetro real. Siembro de flores el camino de mis protegidos, los encadenó con hilos tan brillantes y preciosos, que sus corazones se estremecen de dicha. Vivo en las hierbas del campo, en los troncos calcinados del hogar, en las flores, y allí donde pongo mi planta, nace la felicidad. No llores más: soy el hada del cariño, que viene á enjugar tu llanto.

Dichas estas palabras, volvió á encerrarse en el cáliz de la flor, que se hizo capullo al plegar sus hojas.

Cuando desesperó Juanita, conmovida por este sueño, un rayo de sol iluminó su estancia; entonces se arrodilló y rezó, el canto de los pájaros llegó hasta sus oídos, y el viento de la mañana, acariciando sus rubias trenzas, parecía decirla: «Espera.» Levantóse ale-



Y vió un gallardo joven.

gre y pasó cantando el día, esperando en lo que el hada le dijo, sin dejar de contemplar la campiña, sonriendo á los pajaritos, sintiendo desconocidos deseos, que hasta entonces no había experimentado.

Al anochecer, bajó al salón del castillo, donde



Se arrodilló y rezó.

cerca del condé de Roca-fuerte vió á un caballero escuchando los relatos del anciano. La joven cogió la rueca, sentóse ante el hogar, y el huso de marfil giró rápidamente entre sus dedos.

Cuando más distraída estaba en su labor, dirigió hacia el caballero una mirada. ¡Cuán grande fué su asombro al reconocer en él á

Conrado el trovador, que llevaba en la mano la ramita de mejorana! Estuvo á punto de lanzar un grito de alegría, pero consiguió ahogarlo en su garganta y ocultar su turbación, inclinándose sobre la débil lumbre que en el hogar quedaba, con el pre-

texto, de arreglarla con las pesadas tenazas de hierro. Chisporroteó la lumbre, cesaron las llamas, y le pareció que entre las chispas surgía el hada amorosa, sonriente y apresurada. Sacudió de su traje verde de esmeralda las abrasadas partículas que corrían sobre la

seda, y que parecían culebrinas de oro; avanzó hasta la sala, y fué á colocarse, sin que pudiera verla el Conde, detrás de los jóvenes enamorados, murmurando á su oído, mientras el viejo narraba un espantoso combate que había sostenido contra los infieles, estas palabras:

—Amáos, hijos míos: dejad los recuerdos á la vejez austera; dejadla también los largos relatos contados al lado de los ardientes troncos que llamean en el hogar. Que el resplandor de la llama no se eclipse más que por el brillo de vuestros ojos: ya tendréis tiempo de endulzar vuestras pe-



La joven cogió la rueca.

nas, al recordar más tarde tan dulces horas. Cuando se ama á los veinte años, es inútil la voz; más dice una mirada que un largo discurso. Amáos, hijos míos, y dejad que la vejez hable y recuerde.

Dicho esto, los cubrió tan bien con sus alas, que



Amáos, hijos míos.

el Conde, que en aquel momento explicaba cómo el gigante Cabeza de Hierro había sido derribado por un terrible mandoble del caballero Giraldo el de la fuerte espada, no vió que Conrado se inclinaba hacia la joven para declararla su amor. Las alas del hada Amorosa eran transparentes como el cristal y menudas como las

de un mosquito; pero cuando los dos amantes se hallaban en peligro de ser vistos, se hacían tan oscuras, tan espesas, que encubrían las miradas. Así es que el guerrero continuó largo rato su his-

toria, mientras Conrado y Juanita hablaban sin escucharle.

Así que el Conde terminó su historia, el hada Amorosa desapareció entre las llamas y Conrado se alejó dando gracias al caballero y dirigiendo una dulce mirada á Juanita. La joven durmió tan feliz, que aquella noche soñó con montañas de flores iluminadas por millares de astros, cada uno de los cuales era mil veces más brillante que el sol que nos alumbra.

Á la mañana siguiente bajó al jardín, internándose en las más sombrías calles de ár-



Allí encontró á un guerrero.

boles, y allí encontró á un guerrero con brillante armadura que la saludó acercándose y oprimiendo en su mano una rama de mejorana bañada en lágrimas, por la cual reconoció otra vez al cantor de la voz dulce, disfrazado de distinto modo. La hizo

sentar en un banco cubierto de césped, al lado de una fuente, cuyas aguas caían con dulce rumor, y mientras se miraban ambos, ébrios de amor, los ruiseñores cantaban, aspirando el ambiente que á su alrededor esparcía el hada benéfica.



Sin encontrar á nadie.

Los enamorados hablaron tan largo rato, que un pájaro de un árbol vecino tuvo tiempo de construirse el nido.

De pronto los pesados pasos del conde de Rocafuerte se dejaron oír en aquel sitio, haciendo temblar á la joven pareja; pero el agua de la fuente brotó más despacio, y saliendo el hada Amorosa de la fresca corriente, rodeó de tal modo á los amantes con sus alas, que se deslizaron en un grupo por delante del viejo, que quedó sumamente admirado de oír voces sin encontrar á nadie. Meciendo á sus protegidos, les repetía en voz baja el hada Amorosa:

—Yo soy la que protege los amores, la que cierra los ojos y los oídos de las gentes que persiguen á los que se aman. No temáis; amaos á la luz del día; en los bosques, al borde de las fuentes, por todas partes por donde vayáis, que á vuestro lado estaré

velando por vosotros. Dios me ha enviado á la tierra para que los hombres ajenos á todo sentimiento elevado no turben jamás vuestras puras emociones; me ha dado estas alas y me ha dicho: «Ve, y que los jóvenes corazones se regocijen.» Amáos, y yo os protejo.



Tocó sus frentes con la varita mágica.

Y se alejó, humedeciendo sus labios con rocío, su único alimento, y arrastrando á Conrado y á Juanita en una vertiginosa danza con las manos enlazadas.

El hada anduvo así hasta el anochecer, y cuando á estas horas quiso separar á los amantes, los vió

tan tristes por tener que alejarse, que, consolida de su dolor, les habló al oído. Algo bueno les diría, porque sus rostros resplandecieron de felicidad, y sus ojos expresaron un gozo inefable. Entonces tocó sus frentes con la varita mágica que llevaba.

De repente, Conrado y Juanita se transformaron en dos ramitas de mejorana, tan bellas, que sólo de las manos de una hada pudieran salir otras semejantes. Las dos ramitas partían de un mismo tallo, y mezclando sus hojas, cambiaron eternamente sus perfumes y su rocío.

El Conde de Roca-fuerte se consoló de la pérdida de su sobrina, contando todas las noches á los guerreros que le visitaban cómo el gigante Cabeza de Hierro cayó por el terrible golpe recibido de manos de Giraldo, el de la fuerte espada.



EL PRÍNCIPE DE BALSORA.

Había en Balsora un Rey muy poderoso y muy amado de sus vasallos, pero estaba muy triste porque sentía aproximarse la hora de su muerte y no tenía ningún hijo. Hizo grandes regalos á todos los santones de su reino para que rogaran al cielo le concediese un hijo; no fueron inútiles sus oraciones, pues poco tiempo después la Reina dió á luz con toda felicidad un hermoso príncipe, que se llamó Zeyn Alasnam.

Poco tiempo después cayó el Rey en cama con una penosa enfermedad que le causó la muerte. Viéndose pronto á morir, mandó llamar á su hijo

y le recomendó procurase hacerse amar de todos sus vasallos.

En cuanto murió el Rey, se vistió de luto el príncipe Zeyn, y lo llevó por espacio de siete días. Al octavo subió al trono y empezó á reinar. Al ver á todos sus vasallos doblar la rodilla en su presencia, no se ocupó más que en lo que sus Ministros le aconsejaban, sin acordarse de sus deberes para con su pueblo. Se abandonó á la ociosidad y á los mayores excesos, repartiendo los primeros empleos de su Estado entre jóvenes entregados al vicio como él. Todo fué un continuo desarreglo; y como era natural, agotó en poco tiempo todo su tesoro. Vivía aún la Reina madre, princesa tan sabia como prudente, que había intentado varias veces detener á su hijo en el camino de los vicios, haciéndole presente que, si no cambiaba de conducta, no solamente gastaría sus riquezas, sino que causaría una revolución que quizá le costaría la corona y la vida. Entonces el joven Príncipe confió el ministerio á ancianos prudentes, que supieron contener á sus vasallos, y empezó á modificar algo su desarreglada conducta.

Una noche soñó Zeyn con un venerable anciano que se adelantó á él, diciéndole:

—Si quieres ver el fin de tu aflicción, levántate, parte para Egipto y vete al Cairo, que allí te espera una gran fortuna.

Cuando se despertó fué al cuarto de la Reina su madre, á la que contó cuanto había soñado.

—¿Y serás capaz, hijo mío, de ir á Egipto tan sólo por un sueño?

—¿Y por qué no, señora? El anciano que se me ha aparecido, no era sólo respetable por su vejez, sino que se traslucía en su persona una majestad verdaderamente divina. Yo me entrego á la confianza que me ha inspirado, y he resuelto seguir su voz.

Dejó el Príncipe el cuidado de sus reinos á su madre, salió una noche de palacio y tomó el camino del Cairo, sin permitir que nadie absolutamente le acompañase. Llegó por fin á aquella famosa ciudad, y como era de noche y estaba muy cansado, se durmió á la puerta de una mezquita, y volvió á soñar con el mismo anciano, que le dijo:



Soñó Zeyn con un venerable anciano.

—Estoy muy contento de ti, pues has dado crédito á mis palabras. Vuelve á Balsora, y en tu palacio encontrarás unas riquezas como nunca las habrá tenido ningún Rey.

Cuando se despertó volvió á tomar el camino de su pueblo, y cuando llegó contó á su madre lo que le había sucedido.

Entonces su madre le aconsejó que no volviera á hacer caso de los sueños.

Juró el príncipe Zeyn que seguiría en adelante los consejos de su madre. Pero á la noche siguiente soñó por tercera vez con el anciano, que le dijo:



Salió una noche de palacio.

—Ha llegado, por fin, el tiempo de tu prosperidad; mañana, cuando te despiertes, vete á cavar bajo las losas del despacho de tu padre, y encontrarás un gran tesoro.

En cuanto se despertó se dirigió al despacho de

su padre con un azadón, y empezó á levantar las baldosas, debajo de las cuales encontró una puerta con un candado de acero. Lo rompió á golpes y abrió la puerta, que ocultaba una escalera de mármol blanco, por la que bajó á un cuarto, en el que había diez urnas de porcelana, que estaban llenas de oro, plata y piedras preciosas, y en la más pequeña había una llave de oro que correspondía á una cerradura que había en uno de los artonados. Hizo la prueba el Rey, y al punto se abrió una puerta, que le dió entrada á otro cuarto, en el que había ocho estatuas de oro macizo.



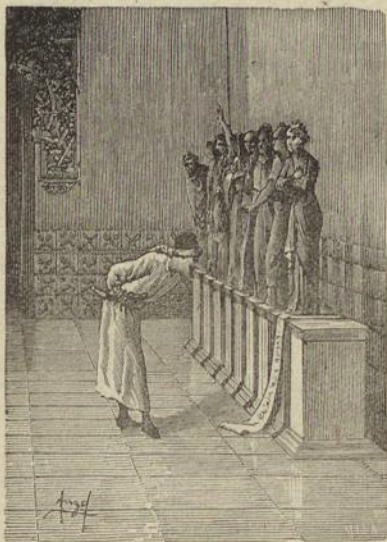
Había diez urnas de porcelana.

Lo que más le llamó la atención fué que la octava estatua estaba rodeada de una banda de raso, en la que había la siguiente inscripción :

—Mi querido hijo: si quieres encontrar la noventa estatua, vete al Cairo y pregunta por Moba-

rec, el que te conducirá al sitio donde se encuentra dicha estatua.

Después de haber leído el Príncipe estas palabras, mandó preparar sus equipajes; pero no quiso llevar consigo más que un corto número de servidores.



Estaba rodeada de una banda de raso.

No le ocurrió accidente alguno en el camino; llegó al Cairo, donde preguntó por Mobarec, que le dijeron era uno de los vecinos más ricos de la ciudad, y que su casa estaba abierta particularmente para los extranjeros. Fué, pues, á ella, y habiéndose presenta-

do á Mobarec, le dijo era hijo del difunto Rey de Balsora.

—Ese Rey—dijo Mobarec—fué en otro tiempo mi amo; pero, señor, yo no le he conocido ningún hijo. ¿Qué edad tenéis?

—Tengo veinte años—respondió el Príncipe.—

¿Cuánto tiempo hace que dejásteis la Corte de mi padre?

—Cerca de veintidós años — respondió Mobarec. — Pero ¿cómo me persuadiréis de que sois su hijo?

Entonces el joven Zeyn le refirió cuanto había visto en el subterráneo de su palacio. No bien hubo concluído de contar esto, cuando Mobarec se echó á sus pies, y besándole repetidas veces las manos, exclamó:

—Os reconozco por el hijo del Rey de Balsora, y si queréis ir al sitio donde está la estatua maravillosa, yo os conduciré.

Pero antes es necesario descanséis aquí algunos días. Hoy doy un banquete á los Grandes del Cairo; estábamos en la mesa cuando han venido á avisarme vuestra llegada. ¿Os desdenaréis, señor, de venir con nosotros?



Mobarec se echó á sus pies.....

—No—respondió Zeyn;—me consideraré muy honrado en participar de vuestro banquete.

Lo condujo Mobarec bajo una cúpula en donde estaban los convidados, lo hizo sentar á la mesa y comenzó á servirlo de rodillas; todo lo cual sorprendió á los Grandes del Cairo, que se preguntaban por lo bajo los unos á los otros:

—¿Quién es este extranjero á quien Mobarec sirve con tanto respeto?

Cuando acabaron de comer, tomó éste la palabra, y dijo:

—Grandes del Cairo, no os admiréis haberme visto servir de esta manera á un joven extranjero. Sabed que es hijo del Rey de Balsora, mi amo. Su padre me compró con su dinero; murió sin haberme concedido la libertad; así es que aún soy todavía esclavo, y por consiguiente, todos mis bienes pertenecen á este joven Príncipe, su único heredero.

Zeyn le interrumpió al llegar aquí, diciéndole:

—¡Oh, Mobarec! Declaro delante de estos señores, y de un modo solemne, que desde este momento os manumito, y separo de mis bienes vuestra persona y cuanto os pertenece; ved, además de esto, lo que queréis que os dé.

Al oír este discurso, besó la tierra Mobarec, y dió al Príncipe mil gracias. Se sacó en seguida vino, estuvieron bebiendo todo el día, y á la noche

se distribuyeron los regalos á los convidados y se retiraron.

Al día siguiente dijo Zeyn á Mobarec:

—He descansado bastante: no he venido al Cairo para vivir en medio de los placeres; quiero á toda costa poseer la novena estatua, y es ya tiempo de que partamos para ir á conquistarla.

—Señor—respondió Mobarec—estoy dispuesto á acceder á vuestros deseos; pero no sabéis los peligros que hay que correr para hacer esta conquista.

—Por grandes que sean—replicó el príncipe—estoy resuelto á emprenderla, pereceré ó saldré vencedor. Todo cuanto sucede es porque Dios lo dispone así; sólo deseo que me acompañéis, y que vuestra firmeza sea igual á la mía.

Viendo Mobarec que estaba decidido á partir, llamó á sus criados y les mandó dispusiesen el equipaje, y se pusieron en camino. Fueron notando en él una infinidad de cosas singulares y maravillosas; caminaron por espacio de algunos días, al cabo de los cuales, habiendo llegado á un sitio delicioso, se apearon.

Entonces dijo Mobarec á los criados que los acompañaban:

—Permaneced en este sitio, y guardad con cuidado los equipajes hasta nuestra vuelta.

Luego dijo á Zeyn:

—Señor, adelantémonos solos; estamos cerca del paraje en donde se guarda la novena estatua, y en el que necesitaréis de todo vuestro valor.

Llegaron á la orilla de un gran lago, y Mobarec se sentó en la playa, diciendo al Príncipe:



Llegaron á la orilla de un gran lago.

—Tenemos que pasar este mar.

—¿Y cómo lo haremos — replicó Zeyn—no teniendo un barco?

—Pronto veréis aparecer uno—repuso Mobarec;—el barco encantado del Rey de los genios va á venir á pasarnos, pero no olvidéis lo que os voy á decir: Es necesario guardar un profundo silencio; no habléis al bar-

quero, por más singular que os parezca su figura, por más que notéis en él las cosas más extraordinarias, no digáis nada, porque os advierto que si pronunciáis una sola palabra cuando estemos embarcados, se hundirá el barco bajo las aguas.

—Callaré—dijo el Príncipe;—mandad lo que debo hacer, y lo ejecutaré con toda exactitud.

Estando hablando de esta manera, notó de repente en el lago un barco de madera de sándalo encarnado, que tenía un mastil de ámbar fino, con una banderola de

raso azul. No había dentro de él más que un barquero, cuya cabeza se parecía á la de un elefante, y su cuerpo tenía la forma de un tigre. Habiéndose aproximado el barco al Príncipe y á Mobarec, los cogió el barquero uno tras otro con su trompa; los puso en su barco, los pasó en un instante al otro



Habiéndose aproximada el barco..

lado, los volvió á coger del mismo modo, los dejó en la playa y desapareció con su barco.

—Ahora ya podemos hablar—dijo Mobarec;—la isla en que estamos es la del Rey de los genios; no hay otra semejante en todo el mundo. Mirad

por todos lados, Príncipe; ¿se puede ver una mansión más encantadora? Ved esos campos adornados de flores y de toda clase de hierbas odoríferas. Admirad esos hermosos árboles, cuyas deliciosas frutas hacen doblar las ramas hasta el suelo. Disfrutad del placer que deben causar los armoniosos cantos que forman en los aires mil pájaros de mil especies desconocidas en otros países.

Llegaron al cabo delante de un palacio construído de esmeraldas finas, rodeado de un ancho foso, sobre cuyos bordes había plantados de trecho trecho árboles tan altos, que cubrían todo el palacio con su sombra. Frente á la puerta, que era de oro macizo, había un puente construído de una sola escama de pescado; aunque tenía seis toesas de largo por tres de ancho, se veía á la cabeza del puente una cuadrilla de genios de desmesurada altura, que defendían la entrada del castillo con gruesas mazas de acero de la China.

—Detengámonos aquí—dijo Mobarec;—estos genios nos matarían si pretendiéramos continuar nuestra marcha, y si queremos impedirles que vengan á nosotros, es necesario hacer una ceremonia mágica.

Al mismo tiempo sacó de una bolsa cuatro fajas de tafetán amarillo. Se rodeó la una á la cintura, puso la otra sobre su espada y dió las otras dos al Príncipe que hizo el mismo uso de ellas.

Después de esto, extendió en el suelo dos grandes manteles, por cuyo borde esparció algunas piedras preciosas con almizcle y ámbar. Se sentó en seguida sobre uno de aquellos manteles, y Zeyn sobre el otro. Luego dijo Mobarec al Príncipe:

—Señor, ahora voy á conjurar al Rey de los genios, que habita el palacio que tenemos á la vista; quiera Dios que venga á nosotros sin cólera. Si le desagrada nuestra llegada á su isla, se presentará bajo la figura de un monstruo espantoso; pero si aprueba nuestro designio, se mostrará bajo la forma de un hombre bien parecido. Así que llegue delante de nosotros, será necesario que os levantéis y lo saludéis sin salir de vuestro mantel, porque pereceríais, y después de saludarle, le diréis:

—Soberano señor de los genios: mi padre, que era vuestro servidor, ha sido arrebatado por el ángel de la muerte. Dígnese V. M. protegerme como protegió siempre á mi padre.

Después de haber instruído Mobarec al Príncipe Zeyn, comenzó á hacer conjuros. Apenas los hubo concluído, hirió los ojos del Príncipe un prolongado relámpago, al que siguió un terrible trueno. Toda la isla se cubrió de densas tinieblas, se levantó un furioso viento, se oyó un espantoso grito, se estremeció la tierra, y se sintió un temblor semejante al que debe causar Azrael el día del juicio.

Sintió Zeyn alguna emoción y comenzó á sacar de aquel ruido un fatal presagio, cuando Mobarec, que sabía mejor que él lo que debía pensarse, comenzó á sonreirse y le dijo:

—Serenáos, Príncipe mío, todo va bien.



Se dejó ver el rey de los genios.

En efecto; pocos instantes después se dejó ver el Rey de los genios bajo la forma de un hombre hermoso.

Así que lo vió el príncipe Zeyn, le hizo el cumplido que le había dictado Mobarec. Sonrióse el Rey de los genios, y respondió:

—¡Oh, hijo mío! Yo amaba á tu padre, y cada vez que venía á tributarme

sus respetos, le regalaba una estatua que se llevaba. No te profeso á ti menos amor. Yo obligué á tu padre á que escribiese algunos días antes de su muerte lo que has leído en la pieza de raso blanco. Lo prometí tomarte la novena estatua que sobre-

puja en hermosura á las tuyas. Ya he comenzado á cumplir la palabra. Soy el que has visto en sueños bajo la forma de un anciano. Te he hecho descubrir el subterráneo en donde están las urnas y las estatuas. Tengo mucha parte en todo lo que te ha sucedido, ó más bien, soy la causa de ello; sé quién te ha hecho venir. Obtendrás lo que deseas. Aun cuando no hubiese prometido á tu padre el dártela, te la concedería con gusto; pero antes es necesario que me jures, por todo lo que hace inviolable un juramento, que volverás á esta isla, y me traerás á una joven de quince años, que sea perfectamente hermosa, y que te domines de tal manera, que no concibas ningún deseo de poseerla al conducirla aquí.

Hizo Zeyn el juramento temerario que se le exigía.

—Pero señor—dijo luego—suponiendo que sea bastante feliz para encontrar una joven tal como la pedís, ¿cómo podré yo saber que la he encontrado?

—Confieso—respondió el Rey de los genios sonriéndose—que podrías engañarte en las apariencias; no es dado á los hijos de Adán este conocimiento; así no pienso referirme á tu dictamen sobre este particular. Yo te daré un espejo con el cual no podrás equivocarte. Cuando hayas visto una joven de quince años, perfectamente hermosa,

mira tu espejo y verás en él la imagen de aquella joven. La luna se conservará pura y limpia si la joven es casta; y si, por el contrario, se empaña la luna, será señal de que la joven ha pecado. No olvides, pues, el juramento que me has hecho;



Hé aquí el espejo de que debes servirte.

guárdalo como hombre de honor; de otro modo te quitaré la vida, á pesar del afecto que te profeso.

Protestó de nuevo el príncipe Zeyn Alasnam que cumpliría exactamente su palabra.

—¡ Oh, hijo mío! Puedes volverte cuando quieras; he aquí el espejo de que debes servirte.

Despidiéronse del Rey de los genios Zeyn y Mobarec, y marcharon hacia el lago. Fué á ellos el barquero de cabeza de elefante con su barco, y los volvió á pasar de la misma manera que los había llevado. Se reunieron á las personas de su comitiva, y se volvieron con ellas al Cairo.

Descansó algunos días el Príncipe en casa de Mobarec, y al cabo de ellos le dijo:

—Partamos para Bagdad; vamos á buscar allí una joven para el Rey de los genios.

—Pues qué, ¿no estamos en el Cairo?—respondió Mobarec.—¿No encontraremos aquí muchas hermosas?

—Tenéis razón—respondió el Príncipe;—pero, ¿cómo haremos para descubrir los sitios en donde puedan estar?

—No tengáis cuidado por eso, señor—replicó Mobarec;—yo conozco una bruja muy diestra en esa materia; voy á darle ese encargo, que desempeñará primorosamente.

Con efecto, la vieja tuvo la habilidad de hacer ver al Príncipe un gran número de hermosísimas muchachas de quince años; pero cuando después de haberlas mirado iba á consultar su espejo, siempre se empañaba la luna, fatal piedra de toque de su virtud.

Viendo que no podían encontrar lo que necesitaban en el Cairo, fueron á Bagdad y alquilaron un magnífico palacio en uno de los más hermosos barrios de la ciudad. Comenzaron á darse muy buen trato; tenían buena mesa y después que todo el mundo había comido en el palacio, se llevaba el resto á los dervises, que por este medio vivían cómodamente.

Habitaba en el mismo barrio un imán llamado Bubekir Muecin, hombre vano, altanero y envidioso. Odiaba á los ricos tan sólo porque él era pobre, y su miseria lo indisponía contra su prójimo. Oyó hablar de Zeyn y de la abundancia de su casa, y esto bastó para que concibiese aversión contra este Príncipe, llegando ésta hasta el extremo, que un día en la mezquita dijo al pueblo después de la oración de la tarde:

—Hermanos míos, he oído decir que ha venido á alojarse en nuestro barrio un extranjero que gasta todos los días inmensas sumas. ¿Quién sabe si este desconocido será quizá algún malvado que habrá robado en su país caudales considerables, y viene á esta ciudad á darse buena vida? Cuidado, hermanos míos; si llega á saber el califa que hay un hombre de esta clase en nuestro barrio, es de temer que nos castigue por no habérselo advertido. Por lo que á mí hace, os declaro que me lavo las manos sobre este particular, y si algo sucede no será culpa mía.

El pueblo—que se deja persuadir fácilmente—gritó á una voz á Bubekir:

—Eso os pertenece, doctor; hacédselo saber al consejo.

Entonces se retiró el imán muy satisfecho á su casa, y se puso á redactar una memoria, resuelto á presentársela al día siguiente al califa.

Pero Mobarec, que había estado en la oración, y había oído como los demás el discurso del doctor, puso quinientos cequíes de oro en un pañuelo, hizo un lío con muchas telas de seda, y se fué con ello á su casa de Bubekir. Preguntóle el doctor

en tono brusco, qué quería.

—¡ Oh doctor!
—le respondió Mobarec, entregándole el oro y las telas.
—Yo soy vecino y servidor vuestro; vengo de parte del príncipe Zeyn, que vive en este barrio; ha oído hablar de vuestro mérito, y me ha encargado que venga á deciros que desea entablar conocimiento con vos. En el ín-



Os suplica admitáis este regalo.

terin, os suplica admitáis este regalo.

Trasportado de júbilo Bubekir, respondió á Mobarec:

—Señor, hacedme el favor de pedir perdón en mi nombre al Príncipe. Estoy avergonzado de no

haber ido aun á verlo, pero repararé mi falta, y mañana iré á cumplir mis deberes.

En efecto; al día siguiente, después de la oración de la mañana, dijo al público:

—Sabed, hermanos míos, que á nadie faltan enemigos, y la envidia tiene principalmente por blanco á los que poseen muchos bienes de fortuna. El extranjero de quien os hablé ayer tarde, no es un hombre malo como me lo habían querido hacer creer algunos mal intencionados; es un joven Príncipe lleno de virtudes. Guardémonos muy bien de ir á dar al califa informes desfavorables de él.

Habiendo desvanecido del espíritu del pueblo por este discurso, la opinión que había hecho formar del príncipe Zeyn la tarde anterior, Bubekir se volvió á su casa y tomó su traje de ceremonia y se fué á ver al joven Príncipe, que lo recibió con el mayor agrado.

Después de muchos cumplidos de ambas partes, dijo Bubekir al Príncipe:

—Señor, ¿os proponéis permanecer mucho tiempo en Bagdad?

—Permaneceré—le contestó Zeyn—hasta que haya encontrado una joven de quince años, perfectamente hermosa, y tan casta, que jamás haya pensado en tener novio.

—Buscáis sin duda una cosa bastante rara—re-

plicó el imán—y casi os aseguraría que todas las diligencias que practicáseis á ese fin serían inútiles, si no supiese yo donde hay una que reúne esas circunstancias. Su padre fué visir en otro tiempo, pero ha dejado la corte, y vive hace ya bastante tiempo en una casa de campo en la que se dedica exclusivamente á la educación de su hija. Voy, señor, si lo deseáis, á pedirla para vos; no dudo se dará por muy satisfecho de tener un yerno de vuestro nacimiento.

—No nos apresuremos—contestó el Príncipe;—yo no me casaré con esa joven sin saber antes si me conviene. En cuanto á su hermosura, podré fiarme de vos; pero ¿qué seguridades podéis darme en orden á su virtud?

—¿Y qué seguridades queréis tener—dijo Bublikir?

—Es necesario que yo le vea la cara; no exijo otra cosa para tomar mi determinación.

—¿De modo que sois buen fisonomista?—repuso el imán sonriéndose.—Pues bien; venid conmigo á casa de su padre, le suplicaré que os la deje ver un momento en su presencia.

Condujo Bublikir al Príncipe á casa del visir quien después de saber el nacimiento y designio de Zeyn, le presentó su hija y le mandó se quitase el velo. Jamás se había presentado á los ojos del joven Rey de Balsora una tan gran hermosura.

Luego sacó su espejo, y la luna se conservó pura y limpia.

Cuando vió que había encontrado por fin una joven tal como la deseaba, suplicó al visir se la concediese. Al momento se envió á buscar al cadí;



La mandó se quitase el velo.

se hizo el contrato y la oración del matrimonio. Concluída esta ceremonia, llevó Zeyn al visir á su casa, en donde le obsequió magníficamente y le hizo regalos considerables. Luego envió una infinidad de joyas á la novia, que la llevó á su casa, en donde se celebró la boda con la pompa que convenía á la clase de Zeyn. Cuando se

retiró todo el mundo, dijo Mobarec á su amo:

—Señor, no nos detengamos durante más tiempo en Bagdad; tomemos el camino del Cairo, y acordaos de la promesa que hicisteis al Rey de los genios.

—Partamos; es preciso desempeñarla con fidelidad. Os confieso, sin embargo, mi querido Mobarec, que me cuesta no poco trabajo el obedecer al Rey de los genios. La joven con quien acabo de casarme es encantadora, y estoy tentado de llevarla á Balsora para colocarla sobre el trono.

—Ah, señor—replicó Mobarec—guardaos bien de acceder á vuestro deseo. Dominad vuestras pasiones, y aunque os cueste el mayor sacrificio, cumplidle la palabra al Rey de los genios.

Hechos por Mobarec los preparativos del viaje, volvieron al Cairo, y de allí tomaron el camino de la isla del Rey de los genios.

Al llegar á ella la joven que había hecho el viaje en litera, y no había visto al Príncipe desde el día de las bodas, dijo á Mobarec:

—¿En qué sitio nos hallamos? ¿Llegaremos pronto á los estados del Príncipe, mi esposo?

—Señora—respondió Mobarec—es ya tiempo de desengañaros. El príncipe Zeyn no se ha casado con vos, sino para sacaros del lado de vuestro padre. No os ha prometido su fe para haceros soberana de Balsora, sino para entregaros al Rey de los genios.

Al oír esto, la joven comenzó á llorar amargamente, lo que enterneció mucho al Príncipe y á Mobarec.

—Tened piedad de mí—les decía.—Yo soy una

extranjera, ante Dios responderéis de la traición que me habéis hecho.

Fueron inútiles sus lágrimas y lamentos. Presentáronsele al Rey de los genios, quien, después de haberla mirado con atención, dijo á Zeyn:



La jóven comenzó á llorar amargamente.

—Estoy satisfecho; la joven que me has traído es lindísima, y me es muy agradable el esfuerzo que has hecho para cumplir la palabra. Vuelve á tus estados, y cuando entres en el cuarto subterráneo en que están las ocho estatuas, encontrarás en él la novena que te

he prometido. Voy á hacerla transportar por medio de mis genios.

Dió Zeyn las gracias al Rey y tomó el camino del Cairo con Mobarec; pero permaneció poco tiempo en esta ciudad, porque la impaciencia de la novena estatua le hizo precipitar su partida. Mien-

tras tanto no dejaba de pensar continuamente en la joven con quien se había casado, echándose en cara la traición que le había hecho, considerándose la causa y el instrumento de su desgacia.

—¡ Ay!—se decía á sí mismo.—¡ Yo la he arrebatado al cariño de su padre para sacrificarla á un genio!

Ocupado en estos pensamientos llegó el príncipe Zeyn á Balsora, en donde, muy contentos sus vasallos con su regreso, prepararon grandes festejos. Fué á dar cuenta de su viaje á la Reina su madre, que se alegró mucho de saber que había obtenido la novena estatua.



Vieron una jóven perfectamente hermosa.

—Vamos, hijo mío, le dijo— vamos á verla, porque sin duda estará en el subterráneo, puesto que el Rey de los genios te ha dicho que la encontrarías en él.

El joven Rey y su madre bajaron al subterráneo,

y entraron en el cuarto de las estatuas. ¡Pero cuál fué su sorpresa cuando en lugar de una estatua de diamantes, vieron sobre el noveno pedestal una joven perfectamente hermosa, que el Príncipe reconoció ser la misma que había conducido á la isla de los genios!



Celebró el matrimonio el mismo día.

—Príncipe—le dijo la joven— os quedáis sin duda asombrado de verme aquí. Contabais con hallar alguna cosa más preciosa que yo, y temo que en este momento os arrepentís de haberos tomado tanta pena, y os proponíais una recompensa más hermosa.

—No, señora— respondió Zeyn;—

el cielo es testigo que más de una vez pensé faltar á la palabra que había dado al Rey de los genios por conservar para mí. Os prefiero á todos los diamantes y á todas las riquezas del mundo.

Al mismo tiempo se oyó un trueno que hizo

temblar al subterráneo, de lo que se espantó la madre de Zeyn; mas apareciendo entonces el Rey de los genios, desapareció su temor.

—Señora—le dijo—yo protejo y amo á vuestro hijo, y he querido probar si era capaz de domar sus pasiones. Bien sé que le han hecho impresión los encantos de esta joven, y que no ha cumplido exactamente la promesa que me había hecho de no desear su posesión; pero conozco la fragilidad de la naturaleza humana, y he quedado satisfecho de su moderación. Esta es la novena estatua que le destinaba, mucho más cara y preciosa que las demás. Vive, Zeyn—prosiguió dirigiéndose al Príncipe—vive feliz con esta joven, es tu esposa; y si quieres que te guarde una fe pura y constante, ámala siempre, y ama únicamente á ella. Yo respondo de su fidelidad.

Al decir esto, desapareció el Rey de los genios, y Zeyn, encantado de la joven, celebró el matrimonio el mismo día, haciéndola proclamar Reina de Balsora. Los dos esposos, siempre fieles y cada día más enamorados, vivieron juntos un gran número de años.



LA NOCHEBUENA

¡Qué frío tan atroz! Caía la nieve, y la noche se venía encima; era el día de Nochebuena. En medio del frío y de la obscuridad, una pobre niña pasó por la calle con la cabeza y los pies desnuditos.

Tenía, es verdad, zapatos cuando salió de su casa; pero no la habían servido mucho tiempo, eran unas zapatillas enormes que su madre ya había usado, tan grandes, que la niña las perdió al apresurarse á atravesar la calle para que no la pillasen dos carruajes que venían en direcciones opuestas.

La niña caminaba, pues, con sus piecitos desnudos, que estaban rojos y azules de frío; llevaba en su delantal, que era muy viejo, algunas docenas de cajas de fósforos, y tenía en la mano una caja como muestra. Era aquel un mal día; ningún



Pies desnuditos.

comprador se había presentado, y por consiguiente la niña no había ganado ni un céntimo. Tenía mucha hambre y mucho frío y muy mísero aspecto. ¡Pobre niña! Los copos de nieve se paraban en sus largos cabellos rubios, que le caían en preciosos bucles sobre el cuello; pero no pensaba en sus cabellos.

Veía bullir las luces á través de las ventanas; el olor de los asados se exhalaba por doquiera: era el día de Nochebuena, y en esta festividad pensaba la infeliz niña.

Se sentó en una plazoleta, y se acurrucó en un rincón entre dos casas. El frío se apoderaba de ella

y entumecía sus miembros; pero no se atrevía á volver á su casa: volvía con todos sus fósforos y sin una sola moneda. Su madrastra la maltrataría, y además, en su casa hacía también mucho frío. Vivían bajo el tejado, y el viento soplaba al través,

aunque las mayores aberturas habían sido tapadas con paja y trapos viejos. Sus manitas estaban casi yertas de frío. ¡ Ah! ¡ Cuánto placer le causaría calentarse con una cerillita! ¡ Si se atreviese á sacar una sola de la caja, á frotarla contra la pared y á calentarse los dedos! Sacó una: rich..... ¡ Cómo alumbraba y cómo



La rodeó con su mano.

ardía! Despedía una llama clara y caliente como la de una velita, cuando la rodeó con su mano. ¡ Qué luz tan hermosa! Creía la niña que estaba sentada en una gran chimenea de hierro adornada de bolas y cubierta con una capa de latón reluciente. ¡ Ardía

el fuego allí de un modo tan hermoso! ¡Calentaba tan bien!

Pero todo acaba en el mundo. La niña extendió sus piececillos para calentarlos también, mas la llama se apagó; ya no quedaba á la niña en la mano más que un pedacito de cerilla.

Frotó otra, que ardió y brilló como la primera, y allí donde la luz cayó sobre la pared, se hizo tan transparente como una gasa. La niña creyó ver una habitación en que la mesa estaba cubierta de un blanco mantel, resplandeciente con finas porcelanas, y sobre el cual un pavo asado, relleno de trufas, exhalaba un perfume delicioso. ¡Oh sorpresa! ¡Oh felicidad! De pronto tuvo la ilusión de que el ave saltaba de su plato sobre el pavimento con el tenedor y el cuchillo clavados en la pechuga, y rodaba hasta llegar á sus piecitos. Pero la segunda cerilla se apagó y no vió ante sí más que la pared impenetrable y fría.

Encendió un nuevo fósforo. Creyó entonces verse sentada cerca de un magnífico nacimiento; era más rico y mayor que todos los que había visto en aquellos días al través del escaparate de los más ricos comercios. Mil luces ardían sobre los arbolillos; los pastores y zagalas parecían moverse y sonreír á la niña. Esta, embelesada, levantó entonces las dos manos, y el fósforo se apagó. Todas las luces del nacimiento se elevaron, y compren-

dió entonces que no eran más que estrellas. Una de ellas pasó trazando una línea de fuego en el cielo.

—Eso quiere decir que alguien ha muerto— pensó la niña, porque su abuelita, que era la única que había sido buena para ella, pero que ya no existía, la había dicho muchas veces: «Cuando cae una estrella es que un alma sube hasta el trono de Dios.»

Todavía frotó la niña un fósforo más contra la pared, y creyó ver una gran luz, en medio de la cual estaba su abuela en pie con un aspecto sublime y radiante.

—Abuelita—gritó la niña—llévame contigo. Cuando se apague el fósforo, sé muy bien que ya no te veré ahí. Desaparecerás como la chimenea de hierro, como el ave asada y como el hermoso nacimiento.



Entre las dos casas.

Después se atrevió á frotar el resto de la caja, porque quería conservar la ilusión de que veía á su abuelita, y los fósforos esparcieron una claridad vivísima. Jamás la abuela había parecido tan grande ni tan hermosa. Cogió á la niña bajo el brazo, y las dos se elevaron en medio de este brillo hasta un sitio tan elevado, que allí no hace frío, ni se siente hambre, ni tristeza: hasta el trono de Dios.

Cuando llegó el nuevo día, seguía sentada la niña entre las dos casas, con las mejillas rojas y la sonrisa en los labios..... muerta, muerta de frío en la Nochebuena. El sol iluminó á aquel tierno ser sentado allí con las cajas de cerillas, de las cuales una había ardido por completo.

—Ha querido calentarse la pobrecita—dijo uno.

Pero nadie pudo saber las hermosas cosas que había visto, y en medio de qué esplendor había entrado con su anciana abuela en el reino de los cielos.



PABLITO Y LAS VIOLETAS

Pablito era un niño de doce años que poseía el claro raciocinio de un hombre, y la seriedad de éstos. Sus aficiones le hacían huir de los niños mal educados, que le molestaban con sus bruscos modales, y rehuía asimismo la compañía de los niños ricos, que intentaban humillarle.

El espectáculo que presenciaba en su casa, de una lucha diaria por la existencia, y el relato que su madre le hacía desde niño de sufrimientos y humillaciones, habían madurado su inteligencia y héchole adquirir una gravedad precoz y excepcional. Sus distracciones consistían en iluminar estampas, cuidar de unas pobres flores que crecían

en un cajón de madera, y en la lectura de libros de viajes y de cuentos.

Huía de los juegos desatentados y de los gritos y ruidosas manifestaciones de entusiasmo, por cuya razón le llamaban *El bobazo*.



Iluminar estampas.

Levantábase Pablo muy de mañana, y estudiaba su lección sin necesidad de que su madre se lo advirtiera.

Antes de ir al colegio hacía los recados de su casa, y ayudaba al arreglo de la habitación.

Una tarde al volver del colegio encontró á su madre muy triste; conforme entró en su casa rompió ella á llorar diciendo:

—¡ Ah, hijo mío! ¡ Si tú supieras !

—¿ Qué tienes, mamá?—la preguntó el niño.—
Díme lo que te sucede, pues cuando te veo triste daría mi vida porque desapareciese el motivo de tu dolor.

—Es que el casero me ha llamado para decirme que si dentro de tres días no se paga el dinero que se le debe, seremos despedidos.

El niño palideció y comenzó á llorar con su mamá.

Después, éste, enjugando sus lágrimas, dijo á su mamá dulcemente:

—No te desesperes, puede que ese señor no sea tan duro y nos espere aun unos días.

—No, hijo mío; no nos esperará, y esto es lo que me apura tanto. Lo peor es que hace unos días que he presentado á mi mejor discípulo de canto el recibo, y aun no me lo ha pagado; pasado mañana comienzan las fiestas de Pascua y vienen las vacaciones, de modo que lo menos en diez días no hay esperanzas de tener dinero; he empeñado mis alhajas y ropas para pagar al carnicero y al tendero de ultramarinos, porque los pobres no podemos tener deudas.....; no quiero, sin embargo, que lleguemos á la humillación de ser arrojados de la casa. Si para dentro de tres días no he recibido dinero, se venderá el piano y se pagará al casero, aunque nos privemos de todo.

Pasaron dos días.....; llegó el en que finalizaban los tres días otorgados para el pago, y la madre no había cobrado, y dijo:

—Pablo, tendremos que vender el piano para pagar la casa.

Aquella noche el niño durmió mal; soñó con el piano; veía su palisandro brillante relucir como un espejo, sus candelabros lanzando reflejos dorados, sus teclas blancas cortadas por las negras que se le sobreponen, y sobre ellas á su madre llorando.....; llorando sin consuelo.

Y sin embargo, el niño se durmió diciendo:
—Y..... bien..... se pagará todo.

Al día siguiente salió la madre como de costumbre para sus lecciones; era martes de Pascua, y Pablito se quedó en su casa leyendo uno de sus hermosos libros de cuentos; pero apenas se hubo cerrado la puerta y vió á su madre alejarse, cerró su libro, corrió al armario, tomó una bonita blusa de cachemir que su madre le había hecho, se ciñó su cinturón de cuero, púsose sus zapatos de los días de fiestas, y abrió su carpeta.

Allí estaba su magnífica colección de sellos, la que había él mismo hecho con los que le había mandado su tío, que andaba corriendo por el mundo, y en la actualidad no se sabía dónde estaba. La colección era la más completa y la más rara de cuantas se conocían. No sólo tenía sellos de correos, si que también sellos de todas clases para el papel que se emplea en las cosas que tienen uso público y oficial, toda clase de timbres y hasta billetes grandes y pequeños de todos los países; era una colección de efectos timbrados y papel

moneda, y estaba hecha con arte y colocada con gusto. Un amigo de la casa había dicho un día: «Esta colección vale más de mil pesetas.»

Pero el chico no conocía aún el valor de las cosas. Tomó Pablo aquella colección que era su alegría y su orgullo y que causaba la admiración y la envidia de sus compañeros cuando se la enseñaba; estuvo mirando hoja por hoja....., deteniéndose y lanzando de vez en cuando miradas al piano, que luego convergían á las hojas llenas de sellos, y después, dando un gran sus-



Le propuso la compra.

piro y cerrando luego las tapas con un movimiento enérgico, dijo: «¡Vamos!» y salió á la calle.

Fué Pablo á casa de un amiguito que tenía muy rico y que le había prometido cien pesetas por su colección; llamó, preguntó por él, lo recibió el amigo, y le propuso la compra del álbum. No

tuvo tiempo el niño de contestar, pues una señora que se había acercado á ellos, al oír la proposición, exclamó:

—¿Cómo es eso, niño, te has atrevido á pensar en un gasto como ese sin mi permiso?

—No lo creas, mamá, es un mentiroso.

Entonces la señora llamó á un criado y le dijo:

—Acompañe usted á este chico á la puerta, y otra vez tenga cuidado de quien entra.

Lleno de vergüenza y con las lágrimas en los ojos, salió de aquella casa Pablito, y decidido á vender su colección para

salvar el piano, fuese á una tienda de las que se dedican á este comercio y propuso la compra de ella.

Después de muchos regateos dióle el comerciante cincuenta pesetas y cincuenta céntimos,



Este ramito de violetas.

fracción que logró arrancarle por último porque decía que lo necesitaba.

Guardóse en el pecho el billete que le dieran en la tienda, y con los cincuenta céntimos compró un ramo de violetas.

De regreso á su casa encontró á su madre asustada é inquieta por su ausencia.

—¿De dónde vienes?—le preguntó.

—De vender mi colección de sellos—la contestó.—Toma, aquí tienes lo necesario para pagar al casero; ya no tienes necesidad de vender tu piano....., y aquí tienes para ti este ramito de violetas.



EL BERGANTÍN «ENCARNACIÓN»

Un inmenso velo cubría todo el horizonte, asemejándose á una isla colgada en lo alto. El viento extendía, estiraba, alargaba sin cesar aquella cortina obscura, que ennegrecía el azul del cielo, tiñéndolo todo de un matiz lívido, frío y profundo.

El viento crecía con fuerza verdaderamente prodigiosa.

Á bordo del bergantín *Encarnación* no había un solo tripulante ocioso; el oficial de cuarto había mandado hacer toda la maniobra necesaria. Los oficiales todos habían tomado sus puestos en el puente.

La mar estaba imponente; grandes y amenaza-

oras olas asaltaban el buque por la proa; las crestas de las inmensas montañas de agua estaban cubiertas de una espuma lívida; el color del mar era verdinegro sucio; daba miedo mirar aquel inmenso



A bordo del bergantín.

y mugidor hervidero. Una de aquellas movedizas masas azotó con fuerza prodigiosa todo el casco del buque, cayendo obre él como si hubiera querido aplastar á la *Encarnación* bajo su peso.

Uno de los marineros gritó:

— ¡ Un hombre al agua !

La sangre se heló en las venas de los más valientes.

Se arrojaron al náufrago salvavidas, único amparo que en aquellos momentos podía ofrecérsele.

Otra ola mayor aun que la primera, más furiosa, más azotadora, barrió la cubierta envolviendo en sus salados pliegues, y en abrazo mortal, otros dos tripulantes.

Todo el mundo veía acercarse con rápido paso el desenlace de aquella terrible escena.

La *Encarnación* parecía sumergida en un mar de espuma, en una especie de humo de agua que huía ante el buque retorciéndose en contorsiones de loco, que lamía bramando el casco y la cubierta, y que después de haber sido cortada por aquél, se rehacía soberbia para escupir sobre el que creyó vencerla, la saliva de su desprecio.

De repente cesó el viento.

Á bordo de la *Encarnación* tembló todo el mundo.

Á lo lejos retumbó el trueno; la lluvia comenzó á caer con fuerza prodigiosa sobre las aguas. Á cada beso que daba el mar en el casco del buque, vibraba dolorido; cada vez que se escuchaba el mugido de una ola, se rezaba por el alma de un compañero.

El capitán parecía clavado en el puente; tenía el pito con que mandaba, en una mano; con la otra estaba aferrado á la barra de hierro que tenía delante.

El viento partió en dos uno de los palos, hiriendo al caer á uno de los oficiales; á otro oficial lo arrastró una ola.

Poco después no quedaba en el puente más oficial que el capitán; un golpe de viento le arrancó la gorra; sobre su desnuda cabeza caía á torrentes el agua; él ni aun siquiera la sentía.

Á lo lejos brilló de pronto una luz que duró apenas unos segundos; el capitán ordenó una maniobra con objeto de dirigirse á ella. Todos se estremecieron; aquella maniobra parecía una locura.

La mar, enfurecida por la audacia de aquella



Sobre sus rodillas.

gente, se levantó pavorosa, horrible, alzando hasta el negro firmamento al buque, para hundirlo después en un abismo sin fondo; la tripulación era una masa inerte de carne rígida, fría; espantada por lo fatídico, obedecía por instinto, por no morir.....

De pronto una fuerte luz de bengala de color verde iluminó un costado

del buque, luego otra....., algo más tarde otra.....

La *Encarnación* pedía práctico, puerto y socorro.

La tarde que precedió á esta noche horrible, en una habitación de una quinta situada á orillas del

mar, una mujer joven y hermosa, que tenía sobre sus rodillas un hermoso niño como de seis años, lloraba oyendo retumbar el trueno y viendo cubrirse el cielo de feos nubarrones.

—¿Por qué lloras, mamá?—la preguntó el niño.

—Porque esta mañana debió llegar la *Encarnación* al puerto, hijo mío, y aun no se la ha visto desde el vigía.

—Dime, mamá ¿y en ese buque viene papá?

—Ese es el buque que manda.

—¿Y en qué consiste su tardanza, mamá?

—No lo sé, hijo mío, pero el tiempo es duro, la mar está enfurecida, y tengo miedo....

—Oye, mamá, ¿y por qué no vamos á la iglesia á rezar á aquella Virgen del Carmen á quien tanto cariño le tiene papá.

—Tienes razón, hijo mío, vamos.

MARÍA PEZ Y MARÍA ORO.



En el aire á su pequeñuelo.

Y salieron: por el camino fuéronse encontrando gentes que también iban á rezar por los suyos, y unidos todos, jóvenes, viejos y niños, comenzaron á rezar..... por los suyos.....

En aquel momento divisaba el capitán la luz del puerto.

Ya era la madrugada cuando la *Encarnación* dió fondo, no sin que antes, desde el puente, viese el capitán en una pequeña lancha de vapor á su esposa, que con ambos brazos le enseñaba en el aire á su pequeñuelo; y aquel hombre, que se acababa de mostrar tan fiero, tan enérgico y tan incommovible en el peligro, sintió rodar por sus mejillas una lágrima que fué á caer en el mar.

¡Qué grande y que sublime es el amor de nuestros padres!





EL REGALO DE LA HADA.

Había en un pueblo una familia compuesta de cuatro individuos: el padre, la madre y dos hijos, llamados éstos Pedro y Luisita.

Murieron los padres, y los hijos acordaron ir á ver al Rey para que les favoreciera; era éste sumamente bondadoso y acogió á los huerfanitos, teniéndoles en su compañía, á Pedro como paje y á Luisita como compañera de las princesitas, y así pasó el tiempo hasta que Pedro se hizo hombre y pasó como soldado á formar parte de un regimiento.

La Reina, que le quería como á un hijo, porque

había sido muy bueno y muy aplicado en los años que había pasado en palacio, le dijo:

—Hijo mío, te vas á separar de nosotros para hacer la vida de soldado y para que conozcas el mundo; tú eres bueno, y no creo que seas capaz



Te vas á separar de nosotros.....

de cometer una mala acción; pero voy á darte un consejo, que deseo no olvides.

Alguna vez en la vida nos ocurre que no tenemos personas á quienes pedir consejo sobre

alguno de nuestros deseos; pero yo poseo un espejo que tiene la virtud de decir cuándo se obra bien y cuándo se piensa mal, con sólo tomarle en la mano y mirarse la cara.

Si te miras al espejo y tienes la cara fea, es malo



Tomó Pedro el espejo....

tu pensamiento; y si, por el contrario, el semblante es tranquilo y alegre, te dice que obras bien.

Y añadió:

—Toma, te lo regalo en nombre de Luisita, que le ha poseído desde niña, y siempre la he encontrado hermosa y alegre.

Tomó Pedro el espejo de Luisita de manos de su bienhechora, y no se separó de él hasta que murió hecho un santo y diciendo que *la cara es el espejo del alma*.



DEBEMOS ESTAR AGRADECIDOS Á NUESTROS PADRES,
AUN CUANDO NOS RIÑAN.

—¿Te gustan los cuentos, ¿no es así? Voy á contarte uno que te divertirá, y al mismo tiempo podrá servirte de enseñanza: no olvides las lecciones morales que encierra.

Un niño lloraba amargamente porque su madre le había reñido. Al verle tan triste, un ángel que pasaba por allí tuvo lástima de él.

—Seca tus lágrimas—le dijo;—voy á hacerte un regalo. Voy á regalarte una balanza maravillosa, llamada *la equidad*, que podrá consolarte en adelante de todos tus males, si sabes servirte de ella. Aquí la tienes.

El niño levantó sus ojos, humedecidos aún por el llanto, y vió una balanza cuyos platillos eran de cristal. En uno de estos platillos se encontraba un pesito de diamante, sobre el cual vió el niño con sorpresa, grabado en letras de oro, que brillaban como fuego, su propio nombre: Pepito.

—Para consolarte cuando alguno te haga llorar —continuó el ángel,—no tendrás que hacer otra cosa que cambiar tu nombre de platillo, y entonces, en vez de ser tú el que llore, te verás colocado en el pensamiento del que te ha hecho llorar.

Dichas estas palabras, el ángel desapareció.

Pepito tomó la balanza: su nombre estaba en el platillo de la derecha, y él le colocó en el platillo de la izquierda.

¡Oh maravilla! Ya no era el niño que lloraba; se creyó cambiado en su propia madre, que le había hecho llorar.

Y por una adivinación extraña, pensó todo lo que estaba pensando su madre en aquellos momentos.

«¡Cuánta pena me da ver á mi hijo Pepito tomar el camino de la pereza! ¡Qué de secretas lágrimas me cuesta el mirar cómo crecen sus defectos al mismo tiempo que sus buenas cualidades! Le quiero tanto, que soy débil con él; es necesario que, haciendo un esfuerzo, le riña severamente: sufriré al verle sufrir: lloraré al verle llorar: ¡no

¡importa! Le haré un bien con ello; cumpliré mi deber de madre, y debo cumplirlo.»

—¡Madre mía! ¡Madre mía! — dijo entonces Pepito: — ¡qué pequeño era mi dolor de niño en comparación del tuyo! Desde hoy he de ser otro; estudiaré mucho, te querré con toda mi alma, te haré feliz.

Pepito volvió á poner entonces su nombre en el primer platillo, se levantó consolado, y corrió á abrazar á su madre.



EL TIESTO ROTO

Un angelito del cielo bajó un día á la tierra á jugar con un niño que era muy bueno, y le decía:

Cuando un buen niño se muere, un ángel baja á tierra, coge el niño muerto en sus brazos, abre las hermosas alas, que Dios da á todos los ángeles, y recorre todos los lugares que el niño ha preferido, y hace un gran ramillete de flores. Esas flores las llevan los dos á Dios para que él las haga refloreecer allá arriba más hermosas que en la tierra. Coloca Dios las flores sobre su corazón, y en las que prefiere deposita un beso para que sean felices los padres y los amiguitos de los niños buenos.

Luego se van volando por encima de los lugares en que el niño ha jugado, y de hermosos jardines sembrados de brillantes y perfumadas flores.

Se murió un niño y el ángel le preguntaba:

—¿De qué flor llevaremos para plantar en el cielo?



Cogieron otras muchas flores.

No lejos de ellos había un rosal magnífico; pero una mano malvada había roto el tallo, de modo que las ramas, cargadas de botones colgaban y se secaban, faltas de sabia y de vida.

—Pobre rosal —dijo el niño;— cógele, que en el cielo, junto á Dios, florecerá de nuevo.

El ángel cogió el rosal. Abrazó al

niño, que entreabrió los ojos, cogieron otras muchas flores, todas muy bonitas, y entre ellas una rama de las llamadas diente de león, tan desdeñada por algunos, y una mata de pensamientos silvestres.

—Ya tenemos bastantes flores—dijo el niño.

Y el ángel hizo una señal de asentimiento, pero no volaron hacia el cielo.

Acercábase poco á poco la hora en que la tierra se cubre de sombras y el sol se oculta; por todas partes reinaba el silencio más profundo; pasaban por encima de una ciudad y de una calle pequeña, oscura y estrecha, en la que había un montón de pajas viejas, de cenizas y barreduras. Eran los restos de una mudanza de casa; los platos rotos, los pedazos de estatuas de yeso, esparcidos acá y allá, y los andrajos regados por el suelo, ofrecían un aspecto poco agradable.

El ángel enseñó al niño, en medio de estos restos, los de un tiesto de flores; un pedazo de tierra se había separado de él y guardaba aun algunas



Restos de un tiesto de flores.

raíces de una flor silvestre, marchita y arrojada á la basura.

—Llévemosla—dijo el ángel;—por el camino te diré por qué.

Se elevaron por el aire, y el ángel dijo al niño:

—En esa calle sombría, estrecha y malsana, vivía en una habitación humilde un pobre muchacho enfermo. Desde pequeñito estaba en la cama; cuando se encontraba mejor, daba algunos paseos por la salita con ayuda de unas muletas, y y esto era todo lo que podía hacer. En verano los rayos del sol alumbraban de vez en cuando aquella miserable morada, y entonces el muchacho se calentaba al sol, miraba circular la sangre roja por sus dedos delgados y diáfanos, y decía: «Hoy, á Dios gracias, he podido salir.»

No conocía el magnífico verdor de los bosques más que por una rama de haya que el hijo de un vecino bondadoso le había dado. Conservaba esta rama encima de su cabecera, y le parecía que de este modo descansaba bajo los grandes árboles, calentándose al sol de los más hermosos días de primavera, teniendo por música el canto delicioso de mil pintados pajarillos.

Un día del mes de Abril, el hijo del vecino le llevó algunas flores del campo, de las que una, por casualidad, conservaba las raíces. Plantóla en un tiesto, que colocó luego en la ventana, cerca

de su cama. Sembrada por una mano inocente, pronto retoñó, produciendo cada año nuevas y hermosas flores. Era este el jardín de aquel pobre niño, y el único tesoro que poseía sobre la tierra; le regaba, le cultivaba cuidadosamente y le colocaba todos los días

de manera que no perdiese uno sólo de los pocos rayos de sol que penetraban al través de los cristales de su alcoba. Así se desarrollaba y embellecía la flor con sus solícitos cuidados; florecía para él, para él derramaba sus perfumes y por él estaba orgullosa. Cuando Dios creyó llegado el momento de llevar

á la gloria al pobre niño, éste se inclinó hacia el tiesto y miró la flor antes de subir al cielo. Hace hoy un año que el niño está con Dios, y hace un año también que la flor, olvidada en la ventana, se ha secado. Las gentes de la casa, al mudarse, la han



Le regaba.

tirado á la calle, y esta pobre flor marchita que hemos recogido en nuestro ramillete, ha causado al ángel que la cuidaba más alegría que la flor más hermosa del jardín de una reina.

—Y tú, ¿cómo sabes eso?—pregunta el niño.

—Lo sé—repuso el ángel—porque era yo ese muchacho enfermo que andaba con muletas. Reconozco perfectamente mi flor.

Abrió el niño todo lo que pudo los ojos, y miró el rostro iluminado y magnífico del ángel. En aquel momento entraron en el cielo del Señor, donde la alegría y la felicidad son eternas. Cuando Dios hubo estrechado al niño muerto contra su corazón, le dió alas como al otro ángel, y cogidos ámbos por la mano, volaron juntos. Dios apretó sobre su corazón todas las flores que habían llevado; besó á las predilectas y á la pobre flor de los campos, marchita, y las dotó á todas de voz para que cantaran con los ángeles que vuelan alrededor del Señor formando círculos hasta el infinito, y viviendo todos felices. Cantaban todos, grandes y pequeños; el buen niño convertido en ángel, y la pobre flor de los campos que había sido arrojada marchita, también cantaba, y sus cánticos eran como bendiciones del cielo para que los niños buenos sean siempre muy felices y tan buenos cristianos como Dios desea.



EL PAJE DESGRACIA

Una vez había en una aldea un pobre matrimonio que tenía su pequeña casita y una sola hija, que era maravillosamente hermosa y extraordinariamente buena. Trabajaba, barría, lavaba, tejía y cosía como siete juntas, y era tan hermosa también como siete y por eso se la llamaba Sietelindas. Pero se avergonzaba porque siempre la admiraba todo el mundo á causa de su belleza; y el domingo, cuando iba á misa, pues Sietelindas era piadosa por siete, y ésta era su mayor hermosura, se cubría la cara con un velo. Así, pues, la vió una vez el hijo del Rey, y tuvo un gran contento al contemplar su gallarda figura, su soberbio talle,

tan esbelto como un joven pino; pero le causaba disgusto al Príncipe el no poderla ver también el rostro á través del velo, y preguntó á uno de sus sirvientes :

—¿Cómo es que no puedo ver la cara de Sietelindas?



Se cubría la cara con un velo.

— Esto consiste — le replicó el criado — en que Sietelindas es muy virtuosa.

El hijo del Rey exclamó :

— Si Sietelindas es tan virtuosa como bella, la adoraré toda mi vida y me casaré con ella. Ve y llévala este anillo de oro, y dila que tengo que hablar con ella, que vaya esta tarde

á la encina grande. El sirviente hizo como se le había mandado, y Sietelindas creyó que el hijo del Rey la iría á encargar algún trabajo; fué, pues, á la encina grande, y allí la dijo el Príncipe cuánto la amaba por su extraordinaria modestia y por su

virtud, y que la quería tomar por mujer; pero Sietelindas le contestó:

—Yo soy una pobre joven y tú eres un Príncipe rico y poderoso; tu padre se enfundará mucho si tú quisieses tomarme por esposa.

El Príncipe insistió más y más sobre el particular, y ella le contestó finalmente que tenía que pensarlo, y con tal objeto le pedía dos días de término para decidirse. Pero al hijo del Rey le fué imposible esperar estos dos días, y mandó ya al siguiente un par de zapatos de plata á Sietelindas, con el encargo de que la rogasen que fuese de nuevo bajo la encina grande. Y cuando vino la preguntó él si lo había pensado ya. Pero ella le contestó que no había tenido todavía ningún tiempo de reflexionarlo; que en su casa tenía mucho que hacer, y que ella era una pobre muchacha, y él un Príncipe muy rico, y que el Rey se enfadaría mucho si quería tomarla por mujer, siendo él un Príncipe. Pero éste la rogó de nuevo y con empeño cada vez mayor, hasta que Sietelindas prometió que lo pensaría al día siguiente con seguridad, y les diría también á sus padres lo que el Príncipe deseaba.

Cuando llegó el día siguiente la envió el hijo del Rey un vestido que era todo de oro, y la hizo rogar de nuevo que fuese á la encina. Pero cuando vino ahora Sietelindas y la volvió á preguntar

el Príncipe, tuvo ella que replicar y quejarse de nuevo diciendo que había tenido también mucho que hacer durante todo el día, y no había tenido tiempo de pensarlo bien, y que tampoco había podido hablar con sus padres sobre estas cosas, repitiendo lo que ya



Espió al Príncipe.

había dicho dos veces al Príncipe, que ella era pobre, y que él era rico é hijo del Rey, y con esto no conseguiría más que encolerizar á su padre.

Pero el Príncipe contestó que aquello no tenía importancia, que ella había de ser su esposa de todos modos, y así llegaría después á ser Reina, y cuando ella vió cuán no-

bles eran para ella las intenciones del Príncipe, le dijo por fin que sí, y venía todas las tardes á la encina para hablar con su novio, solamente que el Rey no sabía aun nada de esto. Pero había en la corte una vieja y fea dueña, que espió al Príncipe,

le sorprendió su secreto y se lo dijo al Rey, quien se enfadó sobremanera y envió á sus servidores para que pegasen fuego á la casita de los padres de Sietelindas para que ésta muriese allí abrasada. Pero no sucedió así, sino que Sietelindas, cuando vió arder su casita, saltó escapándose del fuego y se echó en un pozo que no tenía agua; pero sus padres murieron los pobres viejecitos abrasados en la casa.

Allí estaba ahora Sietelindas en el fondo del pozo, llena de aflicción, y no hacía más que llorar amargamente; pero no pudiendo estar mucho tiempo en el pozo, trepó fuera de él, encontró algunas cosas todavía útiles entre los escombros de su casita, las convirtió en dinero y con él compró un traje de hombre, presentándose en la corte del Rey como un fresco joven que deseaba entrar de paje.

El Rey preguntó al recién venido por su nombre.

—¡Desgracia!—le contestó.

Y le agradó tanto al Rey, que le aceptó inmediatamente, ganándose al poco tiempo el afecto preferente del monarca.

Cuando supo el hijo del Rey que se había quemado la casita de Sietelindas, se puso muy triste, y no creía otra cosa sino que se había quemado también Sietelindas; el Rey estaba también en esta creencia, y deseando que su hijo se casase con una Princesa, mandó una embajada á un Rey vecino, pidiéndole la mano de su hija. Toda la corte y

toda la servidumbre de palacio se vistieron de gala y se prepararon alegres á celebrar las bodas, mas para Sietelindas era esto lo más triste, le parecía tener una piedra sobre el corazón; acompañó también á caballo á la comitiva regia, pero iba el último, y cantando tristemente con clara voz:

«Yo era llamada Sietelindas,
Y ahora me nombran Desgracia.»

Esto lo oyó el Príncipe desde lejos; le sorprendió aquel canto, y preguntó:

—¡Eh! ¿Quién es el que canta también?

—Será mi sirviente Desgracia— contestó el Rey—á quien he admitido como paje hace poco tiempo.

Y pasado un ratito, volvieron á oír este mismo cantar:

«Yo era llamada Sietelindas,
Y ahora me nombran Desgracia.»

El Príncipe volvió á preguntar si realmente no era otro el que cantaba que el paje del Rey; mas éste le dijo que él no podía imaginarse que fuese otro.

Cuando llegó la cabalgata cerca del palacio de la nueva novia, volvió á oírse con hermosa y clara voz:

«Yo era llamada Sietelindas,
Y ahora me nombran Desgracia.»

Ya no esperó el Príncipe un momento más;

metió espuelas á su caballo y corrió á galope tendido como un oficial de ejército, á lo largo de la cabalgata, hasta que llegó á donde estaba Desgracia; reconoció en él á Sietelindas, la saludó inclinándose cariñosamente, volvió á colocarse, corriendo, á la cabeza del séquito, y entró en el palacio. Cuando todos los convidados y toda la corte estaban reunidos en el gran salón, y tenían que celebrarse ante ellos los esponsales, dijo el Príncipe á su futuro suegro:

Serenísima majestad, antes de desposarme solemnemente con la Princesa, vuestra hija, resuélvame su gracia este pequeño enigma:

Tengo un hermoso armario, se me perdió la llave hace algún tiempo, y en consecuencia me compré una nueva; al poco tiempo encontré la antigua; dígame su majestad de qué llave me he de servir.



Corrió al galope.

—Pues es natural: otra vez de la antigua—contestó el Rey;—debe honrarse la antigüedad, y no despreciarla por las cosas modernas.

—Está bien, serenísimo señor—contestó ahora el Príncipe;—en tal caso, no os ofendáis conmigo cuando os diga que no puedo casarme con la Princesa vuestra hija; ella es la llave nueva y allí está la antigua.

Y tomando á Sietelindas de la mano, la presentó á su padre, diciéndole:

—Ve aquí, padre, ésta es mi amada.

—Pero el anciano Rey contestó sorprendido y lleno de asombro:

—¡Ay, mi querido hijo, si éste es Desgracia, mi sirviente!

—Aquí no hay tal Desgracia; quien está aquí es Sietelindas, y os pido permiso para hacerla mi esposa.

Concedióle el permiso su padre, y despidiéndose de todo el cortejo, se llevó á Sietelindas, como señora y esposa, á su más hermoso castillo.

Cuyo cuentecillo os enseña, queridos niños, que la virtud siempre encuentra recompensa.



CASTIGO MERECIDO

Una pobre niña llamó una noche á la cabaña en que habitaban dos aldeanos, marido y mujer, muy perversos y codiciosos.

Llamábase él Julián y ella Tomasa. La niña era como un ángel enviado por Dios para probar el corazón de aquellas gentes.

Después de mucho llamar, abrieron la puerta y preguntaron con aspereza qué quería.

—Me he perdido en el campo—dijo la niña;—llueve y hace mucho frío; déjenme ustedes dormir en un rincón y el cielo se lo premiará.

—Esto no es una posada—dijo Julián.

—Vete de ahí, granuja—añadió Tomasa—y da.

gracias si no te pegamos por habernos venido á molestar.

Insistió la niña con acento suplicante, y entonces Julián la dió tan tremendo bofetón, que la derribó al suelo; pero al caer la niña sin sentido por la violencia del golpe, oyeron los dos aldeanos sonido de monedas.



—Esto no es una posada.

—Ya sabía yo que esta chica no podía ser buena—dijo Tomasa—y añadió:

—Con ese dinero me compraré un buen vestido y unos buenos zapatos, que luciré el domingo.

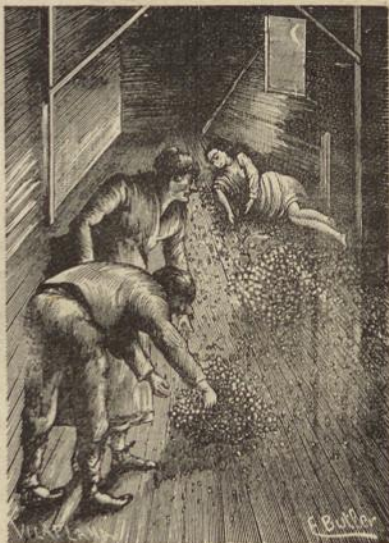
Entonces la tomaron en brazos y la subieron al pajar para registrarla.

La niña parecía dormida, y de sus labios se exhalaba una respiración tan suave como si gozase el más tranquilo sueño.

—Esta chiquilla—dijo Julián—debe haber robado en el camino, porque trae una bolsa bien repleta.

Pero ambos quedaron llenos de asombro al ver que el contenido de la bolsa rodaba al suelo, extendiéndose una capa de monedas de oro de una vara de espesor. Por todas partes se levantaban montones de dinero, verdaderas olas de monedas. Entre dos de aquellos montones dormía la niña, iluminada por un rayo de luna.

Julián y Tomasa no eran gentes capaces de asombrarse mucho tiempo. Ansiaban aprovecharse del suceso, y no se cuidaron de darle explicación, importándoles muy poco que fuese obra de Dios ó del demonio. En cuanto



Montones de dinero

contaron un instante el tesoro con los ojos, quisieron cerciorarse de que no era sólo un efecto de la sombra ó una ilusión de la luna, y se lanzaron al montón con los ojos desencajados de codicia y con las manos desmesuradamente abiertas.

Lo que entonces ocurrió es tan extraño, que parece increíble. Apenas Julián cogió un puñado de monedas, éstas se transformaron en enormes murciélagos, y en cuanto abrió los dedos, los pícaros bichos se escaparon lanzando agudos gritos y golpeando su cara con las negruzcas alas. Tomasa, por su parte, sacó un nido de ratoncitos de dienteillos blancos y finos, que la mordieron cruelmente subiendo por sus piernas. La vieja, que á la vista de una rata se desmayaba, creyó morir al sentir correr los ratones bajo sus faldas.

Entonces quedaron inmóviles, con los cabellos erizados, no atreviéndose á tocar aquel dinero tan nuevo y real en apariencia, pero tan extraño, al tacto. Miráronse con disgusto, queriéndose animar con mutuas miradas, mitad risueñas, mitad foscas, como las de un chico goloso que acaba de probar una golosina demasiado caliente. Tomasa fué la primera que volvió á ceder á la tentación, y extendió las manos para coger dos nuevos puñados; pero cuando las apretó para que no se le escapase una moneda, lanzó un grito de dolor, verdaderamente justificado, pues había sacado dos puñados de agujas tan largas y tan puntiagudas, que sus dedos se hallaban como cosidos á las manos. Julián, al ver bajarse á su mujer, se apresuró á tomar su parte del tesoro, y sólo obtuvo unos cuantos carbones encendidos que le quemaron las manos.

Furiosos por sus dolores y por la codicia, se lanzaron otra vez sobre los cuartos, revolviendo el montón y procurando ganar al tiempo en velocidad; pero como aquellas monedas no eran capaces de dejarse sorprender, en cuanto las tocaban se convertían en lagartijas, en correderas, en serpientes que huían, en chorros de agua caliente, disipándose como el humo, creyendo que cualquier forma que tomasen era buena con tal de quemar ó morder á los ladrones.

Mostraban tan sorprendente fecundidad, daban á luz con tal rapidez un número tan incalculable de dis-



Serpientes que huían.

tintos y repugnantes seres, que reinó entre los esposos un terror difícil de pintar. Sapos, buhos, vampiros, mariposas nocturnas, saltamontes grandes como pájaros invadieron la guardilla aleteando y escapándose á bandadas. Los escorpiones, las arañas,

las cucarachas y todos los asquerosos habitantes de los sitios húmedos, tomaban por asalto los rincones en largas y apretadas filas, sin que, á pesar de lo agrietado del granero, hubiese bastantes agujeros para darles salida, por lo cual ellos mismos se despachurraban entre sí dentro de las mil hendiduras.

Los dos aldeanos corrían locos de espanto. A derecha é izquierda, por todas partes se apresuraban á impedir la invasión de tantos seres; pero de sus dedos brotaban cada vez más, aumentando aquella ola viviente y asquerosa. El tesoro en que tanto se había mirado la luna, no era ya más que una masa negruzca que se movía poderosamente, revolviéndose unas veces, posándose otras como el vino en la cuba para subir de nuevo en delirante fermentación.

No tardó en desaparecer la última moneda, quedando el montón entero convertido en seres vivos; entonces los dos esposos huyeron, devorándose con los ojos y lanzándose á la cara dos puñados de culebras. Y como de este modo se habían llevado los últimos bicharracos que quedaban, el granero quedó vacío.

Entonces la niña, tomando forma de ángel, y remontándose en los aires, dijo á Julián y Tomasa:

—Tan duro es vuestro corazón como ese vil metal que tan ciegamente codiciáis. No esperéis paz en esta vida ni ventura en la otra si no enmendáis vuestra conducta.



LA FLAUTA MÁGICA

Erase un Rey muy rico que tenía una hija muy hermosa; cuando ésta quiso casarse, reuniéronse en una grande y verde pradera sus pretendientes de todos aquellos contornos; les había de arrojar la princesa varias veces al aire una manzana de oro, y el que la cogiese y pudiera realizar tres empresas que ella misma les había de proponer, sería el que la tomase por mujer. Muchos llegaron á coger la codiciada manzana, y entre ellos también la cogió un astuto pastorcillo; pero entre todos los amantes no había ninguno que pudiese realizar aquellas empresas. Llegó su turno al pastorcito, pero le tocó el último, por ser el más insignificante de los pretendientes.

La primera empresa propuesta era sacar á pacer cien liebres que el Rey tenía en sus establos, guardarlas por todo un día, y traerlas por la noche otra vez al establo, sin que faltase ninguna. Al oír esto el pastorcillo, pidió un día de plazo para pensarlo y contestar definitivamente si podía emprenderlo ó no. El pastorcillo se puso á recorrer los montes lleno de tristeza, porque temía aventurarse á la empresa que le habían propuesto. En estos paseos y cavilaciones, se encontró á una viejecita que le preguntó por la causa de su tristeza; pero él, lleno de desaliento, la contestó diciendo:

—¡Ay, estoy tan triste, porque es imposible hacer lo que quiere el Rey!

La viejecita le dijo:

—No te apures, dime lo que te sucede y quizás yo te pueda sacar del compromiso.

Entonces el pastorcillo la contó el trabajo que le habían propuesto.

La viejecita, al oírlo, le entregó una flautita, diciéndole:

—Guárdala bien, que ella te ayudará. Y antes de que el pastorcillo se diese cuenta de ello, desapareció la viejecita.

Marchó el muchacho alegremente en busca del Rey, y le dijo:

—Estoy decidido, guardaré las liebres.

Las hicieron, pues, salir del establo á todas,

pero cuando pasó la última por la puerta, ya no se vió á ninguna de las primeras; todas se habían dispersado por aquellos montes. El pastorcillo salió al campo, se sentó en la falda de una verde colina, y se puso á reflexionar: «¿Qué haré yo ahora?» Y en aquel momento se acordó de su flauta, la sacó de prisa del bolsillo, se puso á tocarla y acudieron las cien liebres saltando, poniéndose á pacer tranquilamente en su derredor por la verde colina.

Pero el Rey y la hermosa Princesa no querían que el pastorcillo saliese bien de su empeño y se ganase la mano de la Princesa, porque era un pobrecillo muy desarrapado y de nacimiento humildísimo, y pensaban astutamente el medio de que habían de valer-se para que el pastor de las liebres no trajese completo su rebaño.



Le entregó una flautita.

La hija del Rey se disfrazó con este objeto, pintándose la cara y variándose de tal modo que no la pudiesen conocer, y vino á la montaña donde estaba el pastorcillo; pero éste, sin embargo, la reconoció. Cuando la Princesa vió reunido todo el rebaño,

le dijo al pastor:

— Buen amigo ¿me vende usted una liebre?

Y él la contestó:

— Oye, feucha, aquí no hay ninguna á la venta, sino para quien con sus servicios la gane.

Aunque no la gustó que la llamaran feucha, la Princesa continuó preguntando:

— Y esos servicios, ¿en qué consisten?



— ¿Me vende usted una liebre?

A lo cual le dijo el pastorcillo:

— Pues consisten en que recojas todo el estiércol que hay en esa pradera.

• Ella no quiso. Mas como deseaba de todos modos tener una liebre, y el pastorcillo no la entró

gaba ninguna por otro medio, ella condescendió por fin. Después de haber estado recogiendo el estiércol dos horas, la permitió tomar una liebre, que puso en su cestito, y se marchó.

Ya se había alejado la Princesa un cuarto de legua de la colina, cuando el pastorcillo se puso á tocar su flauta, y la liebre, levantando con presteza la tapadera del cestito, saltó fuera y volvió saltando con las otras.

No se pasó mucho tiempo, cuando vino el viejo Rey, también disfrazado; pero fué asimismo conocido por el pastorcillo. Venía el Rey montado en un asno, y traía colgado, y balanceándose, un cesto. El Rey preguntó al pastor:

—¿No me vende usted ninguna liebre?

—No las tengo para la venta, sino para quien se las gane—le contentó el desenfadado pastorcillo.

—¿Y cómo se han de ganar?—le preguntó el Rey.

—Besándole al asno debajo de la cola—le contestó—y entonces tendréis una liebre.

Pero esto no lo quiso hacer el Rey, y le ofreció una gran suma en precio de una liebre; pero el pastorcillo no quiso ceder.

Cuando el Rey vió que no podía comprar ninguna liebre, se conformó por fin y dió un gran beso al asno debajo de la cola; después cogió una liebre, la colocó en el cesto, colgó éste del aparejo

y se marchó con ella. No se había alejado mucho, cuando el pastorcillo se puso á tocar su flauta; la liebre saltó fuera del cesto y volvió con su rebañito.

Después llegó el Rey á casa, y dijo:



Y volvió con su rebañito.

—Ese es un muchacho muy descarado; no pude conseguir ninguna liebre.

Pero no dijo lo que había hecho.

—Sí, es cierto— dijo la princesa;— así me sucedió á mí también.

Pero tampoco confesó lo que se había visto obligada á hacer. Cuando llegó la noche, vino el pastorcillo con las liebres, y contó

las ciento cabales al entrar en el establo.

—Ahora—dijo el Rey— se ha resuelto la primera cuestión, y pasaremos á la segunda. Atiende, pues: tengo en mis graneros cien fanegas de guisantes y otras ciento de lentejas; las he mandado revolver bien unas en otras; si las separas en una noche, y sin

luz, entonces habrás resuelto la segunda empresa.

El pastorcillo contestó:

—Puedo hacerlo.

Fué encerrado en el granero, y la puerta fuertemente cerrada con llave. Cuando todo estaba en silencio en el palacio, el pastorcillo se puso á tocar su flauta, y vinieron con sus pequeños pasitos muchos millones de hormigas, y bulleron y se agitaron hasta que los guisantes quedaron de nuevo en un montón aparte y las lentejas en otro. Cuando el Rey fué por la mañana y vió que la empresa estaba acabada, se admiró y no supo cómo el muchacho había podido hacer aquello.

Ahora—le dijo—te voy á proponer la tercera empresa. Cuando esta noche te hayas comido todos los panes que quepan en una gran sala y no quede ni una migaja, entonces habrás resuelto la tercera cuestión, y recibirás á mi hija.

Cuando obscureció, fué encerrado el pastorcillo en una cámara llena de pan, que estaba tan atestada que sólo permitía un pequeño espacio en la puerta, por donde pudiese entrar; había allí pan para más de diez mil hombres. Cuando todos estaban durmiendo en el palacio, tocó él otra vez su flauta; acudieron tantos ratones, que casi llegó á tener miedo; cuando amaneció, todo el pan estaba comido, de modo que no quedó nada de él. Bien temprano, se puso á llamar ruidosamente á la puerta, gritando:

—¡Abrid, abrid, que tengo hambre!

Y con esto resolvió también la tercera cuestión.

Pero el Rey le dijo:

—Aun no han terminado tus trabajos; cuéntanos, por pasatiempo, un saco lleno de embustes, y entonces te casarás con la Princesa.

Estuvo el pastorcillo medio día diciendo los más grandes embustes; pero el saco no se quería llenar. Al ver esto el pastorcillo, se puso á decir:

—He estado más de dos horas viendo recoger estiércol á la Princesa mi novia.

Al oír estas palabras se puso ella encendida como una amapola; el Rey lo observó, y aunque no debían ser más que mentiras las que el pastorcillo contaba, lo creyó verdad y ya se imaginó lo ocurrido.

—Pero el saco no está lleno todavía—le dijo al pastorcillo.

Y éste continuó diciendo:

—Su majestad el Rey también le ha.....

—¡Ya está lleno, ya está lleno; átaló!—exclamó el Rey, que tuvo vergüenza, y no quería que se supiese el honor que había hecho al asno con su Real boca, en cierta parte, porque estaban presentes todos los señores que componían su corte.

Se celebraron por fin las bodas del pastorcillo y la hija del Rey, habiendo tanto regocijo y tantas grandezas, que quien esto cuenta desearía también haber sido uno de los convidados á ellas.



EL REGALO DE LA ABUELA

Mi abuela me dejó en su testamento un gato de Angora, que es el animal más estúpido que he conocido. Véase lo que el mismo gato me refirió una noche de invierno, ante las calientes cenizas de la chimenea.

I.

—Había yo cumplido dos años—me decía—y era el gato mejor cuidado y el más pacífico que puede imaginarse. En edad tan tierna mostraba ya todas las pretensiones de un animal que desdeña las dulzuras del hogar. Y, sin embargo, ¡cuánto tenía

que agradecer á la Providencia por haberme colocado en la casa de la abuela de usted! Aquella buena señora me adoraba. Se me había preparado en el fondo de un armario una verdadera alcoba con un colchón de plumas y tres mantas. La comida era digna de

la cama: nunca pan, jamás sopas; siempre carne, y carne de la mejor y más fresca.

Sin embargo de esto sentía yo un deseo irresistible acariciaba un sueño: el de huir por la entreabierta ventana y escaparme á los tejados. Las caricias me llegaron á parecer sosas; la blandura de mi lecho me causaba



Desde la ventana.

náuseas; estaba gordo hasta darme asco á mí mismo; en fin, me aburría soberanamente.

Añadiré que, alargando el cuello, había visto cierto día desde la ventana, en el tejado de enfrente, á cuatro gatos que retozaban, con el pelo

erizado, alta la cola, tomando el sol, dando saltos y tumbos sobre las pizarras azules, y maullando de alegría. Jamás había contemplado espectáculo tan extraordinario. Desde entonces formé mi resolución. La verdadera felicidad estaba en el tejado, más allá de aquella ventana que se cerraba tan cuidadosamente. Para confirmarme en mi opinión me decía que así se cerraban las puertas de los armarios donde se guardaban los manjares y en donde más de una vez, gracias á mi maña, había sabido penetrar.

Formé decididamente el proyecto de huir. Una mañana se olvidaron de cerrar la ventana de la cocina. Rápido como el pensamiento salté en el acto á un tejadillo que había á la derecha.

II.

¡Con qué alegría respiraba el aire libre! ¡Qué hermosos estaban los tejados! Servíanles de frontera anchas canales que exhalaban aromas deliciosos. Seguí lleno de júbilo estas canales, donde mis patas se hundían en una especie de lodo fino, tibio y blandísimo. Hubiera creído que andaba sobre terciopelo. ¡Qué calor tan agradable al sol!

Debo confesar á usted que en más de una ocasión me eché á temblar. Había algo de terror en el fondo de mi alegría. Recuerdo especialmente una

impresión terrible que estuvo á punto de dar en tierra con mi cuerpo. Tres gatos que rodaron desde lo alto de una casa se acercaban á mí maullando horrorosamente. Al observar mi terror me trataron de gran tonto, y me dijeron que todo era pura broma. Entonces me puse á maullar con ellos. Aquello era encantador. Alegres y retozones, flacos y ligeros no tenían mi estúpida grasa, y se burlaban de mí cuando me veían correr torpemente. Un gato viejo y taimado, jefe de la banda, me cobró particular afecto y me prometió consagrarse á mi educación, cosa que acepté con la mayor gratitud.

¡Ah! ¡No echaba de menos la asadura que comía en casa! Bebí en las canales, y nunca la leche azucarada me supo tan dulce y agradable como aquel agua, que, sin embargo, era bastante turbia. Todo me parecía bueno y hermoso. Pasó á mi lado una gata encantadora, á cuya vista experimenté una sensación desconocida. Sólo en sueños había contemplado hasta entonces á esas criaturas deliciosas, cuyo espinazo se arquea con tan dulce flexibilidad. Mis tres compañeros y yo salimos al encuentro de la recién llegada. Me adelanté á mis amigos, y disponíame ya á dirigir á la hermosa mis cumplimientos, cuando uno de mis camaradas, rugiendo de furor, se vino hacia mí y me mordió cruelmente en el cuello. Lancé un grito de dolor.

—¡Bah!—me dijo el gato viejo tirando de mí.—
No te apures por eso. Ya encontrarás otras.

III.

—Llevaría una hora de paseo y el ejercicio me hizo experimentar atroz apetito.

—¿Qué se come en los tejados?—pregunté á mi maestro.

—Lo que se encuentra—me respondió secamente.

—Á la verdad, esta respuesta me puso en grave aprieto, porque, por más que buscaba, no encontraba nada. Vi al fin en una buhardilla á una joven cigarrera que estaba preparando su desayuno. Sobre la mesa, debajo de la ventana, brillaba una magnífica chuleta de color rojo apetitoso.

Ya encontré mi negocio—pensé ingenuamente.

Sin vacilar salté á la mesa y me abalancé á la chuleta. Nunca lo hubiera hecho: la cigarrera, que estaba en guardia, me asestó en el lomo un terrible escobazo. Abandoné mi presa y huí lanzando espantosos alaridos de dolor.

—¡Estúpido!—me dijo el gato viejo.—Nunca ataques á la carne que veas en las mesas, conténtate con deseársela desde lejos. Hay que buscar en las canales.

—No pude comprender por qué razón la carne

que hay en la cocina no había de pertenecer á los gatos; mi estómago empezaba á resentirse seriamente. El gato viejo acabó de desesperarme diciéndome que para comer en regla era preciso aguardar á la noche. Entonces bajaríamos á la calle y registraríamos los montones de basura. ¡Aguardar hasta la noche, acostumbrado á comer á todas horas! Desfallecía ante el solo pensamiento de este ayuno tan largo.



Un terrible escobazo.

IV.

Todo llega en este mundo, y al fin llegó la noche; noche de niebla que me heló. Caía un agua finísima, penetrante, impelida por bruscas ráfagas de viento. Bajamos por el hueco de una escalera. ¡Qué fea me pareció la calle! ¡Todo se había acabado: el calor agradable, el brillante sol, los tejados resplandecientes como un espejo

en que me revolcaba con tanto gusto! Mis fatigadas patas resbalaban en el sucio adoquinado. Recordé con amargura y con envidia mis mantas y mi colchón de plumas.

En cuanto llegamos á la calle mi amigo se puso á temblar como un azogado. Se encogió cuanto pudo; se deslizó furtivamente á lo largo de la pared, diciéndome que le siguiera en silencio. Encontramos una puerta cochera y se refugió en ella apresuradamente, dejando escapar un ronquido de satisfacción. Yo hice lo mismo, y al interrogarle acerca de esta fuga me dijo:

—¿No viste aquel hombre que llevaba un gancho y una banasta?

—Sí.

—Pues bien; andaba á caza de gatos, y si nos hubiera visto nos habría matado y asado á la parrilla.



Una puerta cochera.

—¡Que barbaridad! ¡Asados á la parrilla!—
exclamé.—Pero ¿acaso la calle no es nuestra?

V.

Ya habían vertido la basura delante de las puertas. Escarbé en los montones como un desesperado. Después de muchas pesquisas encontré sólo dos ó tres huesos, mondos y limpios, revueltos con la ceniza. Comprendí entonces cuán deliciosa es la carne fresca. Mi amigo lo registraba todo poco á poco y concienzudamente. Toda la noche me tuvo de un lado para otro; me hizo correr hasta rayar el alba: no perdonamos rincón ni descansamos un momento. Durante diez horas me cayó el agua encima; sentía dolores reumáticos y temblaba como un azogado. ¡Maldita calle! ¡Maldita libertad! ¡Qué de menos echaba mi prisión! Al amanecer mi maestro se puso á mirarme de hito en hito.

—¿Tienes ya bastante?—me preguntó con aire extraño.

—¡Oh, sí!—le contesté.

—De seguro que quieres volver á tu casa, ¿eh?

—Ya lo creo; pero ¿cómo he de encontrarla?

—Vente conmigo: desde que te vi he comprendido que un gato tan gordo como tú no había nacido para las ásperas alegrías de la libertad. Conozco tu casa y te voy á dejar en la puerta.

—No—le dije;—no nos separaremos así. Vente conmigo. Partiremos el lecho y la carne. Mi ama es una mujer excelente y no te faltará nada.....

No me dejó concluir.

—¿Quieres callarte?—me interrumpió brusca-mente.—Eres un majadero. Tu vida de satisfaccio-nes y de esclavitud es buena para los gatos dege-nerados y envilecidos. Los gatos libres no cambia-rán nunca su libertad por tu carne fresca y tu col-chón de plumas. Adiós.

—Y se volvió al tejado. Vi su alta y flaca figura estremecerse de gusto á las caricias del sol naciente.

Cuando con la cabeza baja entré en casa la abuela de usted cogió las disciplinas y me admi-nistró una azotaina, no muy fuerte, que recibí con alegría profunda pensando en la buena ración de carne que iban á darme en seguida.

VI.

Ya lo ve usted—concluyó mi gato esperezándose con movimientos elegantes cerca de las brasas;—la verdadera felicidad, el paraíso consiste en vivir encerrado en una casa bien provista, aunque de vez en cuando se reciban golpes.

Por extraño que parezca hay algunos niños que piensan de igual manera que aquel gato, y por evi-tarse el trabajo de estudiar son toda su vida unos holgazanes, inútiles y envilecidos.



LA PLANTA DEL TABACO

Cuentan los musulmanes que Mahoma, á quien veneran como su profeta, tenía el poder de realizar prodigios. Los que no admitimos como buena la religión musulmana, pensamos, con mayor fundamento, que ese poder se reducía á algunas artes mágicas de las que usaban los orientales y que hoy se han refugiado en esos pueblos en que hay pocos sabios dignos de tal nombre, pero en cambio abundan los mamarrachos llamados hechiceros ó magos.

Sea de esto lo que fuere, es el caso que Mahoma era gran admirador de la naturaleza, y gustaba de pasear con sus amigos y discípulos á fin de aspirar la perfumada brisa de la tarde y admirar en sus obras á ese Dios que pocos pueblos llegan á

conocer en su grandiosa majestad, pero del que todos los hombres, por incultos que sean y por extraviados que se hallen del camino de la verdad, tienen alguna idea, ó cuando menos algún presentimiento, porque él llena el mundo y su realidad

se impone á las conciencias más endurecidas.

En una hermosa tarde de primavera recorría Mahoma con varios de sus discípulos un frondoso jardín. Fresco y puro era el ambiente, clara la luz del sol, intenso y límpido el azul del cielo, transparente y cristalina agua brotaba de las fuentes que regaban los árboles y humede-



Gustaba de pasear.

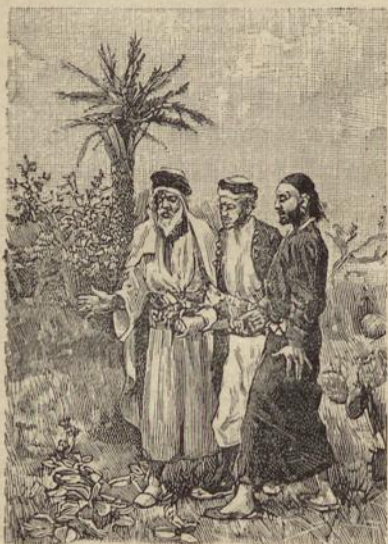
cían los tallos de las flores; los pajarillos, que también saben cantar las creaciones divinas, mostraban con sus dulces cánticos los poemas de ternura que había en sus pequeños corazones; hasta los insectos traducían su éxtasis en sus monótonos

chirridos, porque se puede ser feo y tener voz desagradable, y, sin embargo, comprender y admirar la belleza. Esos pequeños seres que holláis con vuestros pies, queridos niños, distan de ser insensibles. Para ellos, un insignificante tallito de hierba es un árbol inmenso y majestuoso, cuya sombra les protege contra los ardores del sol; un granito de arena les parece una roca; cada imperceptible agujerillo del suelo, una caverna sombría en cuyo fondo divisan cosa que á nosotros no nos es dado percibir. Tienen sus palacios misteriosos en que depositan tesoros más útiles que muchos de los que excitan nuestra ambición, pues en ellos ocultan semillas que sirven para su alimento. Lo que apenas mueve nuestro interés, les parece á ellos prodigioso: un árbol es para ellos un mundo, y ¡quién sabe si al alzar sus diminutas cabezas y fijar en el cielo sus pequeñísimos ojos, se sienten anonadados por la contemplación de lo infinito! Esas mariposas de mil colores, flores sin tallo, seres casi impalpables, que al ser tocadas se reducen á polvo, de igual modo que muchas ilusiones mueren al contacto de la realidad, ¿no tienen acaso un alma, todo lo pequeña y rudimentaria que se quiera, pero capaz de cantar alabanzas al Autor de todo?

Esto pensaba el profeta y de esto hablaba con sus discípulos y amigos. Su corazón predispuesto á amarlo todo, se henchía de ternura ante los es-

plendores que desplegaba la naturaleza en aquella tarde incomparable.

De pronto vió en el suelo, cerca de él, un animalito que se agitaba penosamente. Era una víbora que al pasar por una planta espinosa, se ha-



Vió en el suelo.

bía enganchado en una de sus enormes púas y no podía desprenderse, pues sus esfuerzos servían sólo para ahondar su herida y aferrarla más al mortal lazo. No podía expresar su dolor el mísero reptil, pero sus convulsiones demostraban lo mucho que sufría. El profeta quiso librar á aquel ser de su martirio.

—Guárdate de intentar semejante cosa—le dijo uno de sus acompañantes.—Ese cruel animalejo podrá hacer que te arrepientas de tu buena acción.

Era ya tarde. Mahoma había ya separado cuidadosamente al reptil de su punzante prisión; pero

el ponzoñoso animal, rápido como el pensamiento, le clavó sus dientes en la mano, causándole una pequeña herida.

Entonces el profeta arrojó lejos de sí á la víbora, que huyó entre la espesura; chupó con fuerza el sitio en que el reptil había depositado su venenoso virus, y escupió al suelo, diciendo:

—Has devuelto mal por bien; eres la ingratitud. Que la tierra reciba tu ponzoña y la convierta en una planta venenosa que recuerde tu maldad y tu vileza.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando el suelo se estremeció ligeramente y surgió de él un tallo vellosito de vara y media de altura, de hojas grandes y azuladas y flores rojas; toda la planta despedía un olor acre y repulsivo. Era el tabaco, cuyas hojas venenosas, amargas y nauseabundas,



Un tallo vellosito.

tienen tanto atractivo para la mayor parte de los hombres, que aspiran su humo irritante y nocivo con la misma fruición que si fuese el más delicado de los aromas.

Verdad es que también es repulsiva, odiosa y nauseabunda la ingratitud, y, sin embargo, muchos hombres la albergan en su alma, haciéndose tan odiosos como las víboras.



EL FABRICANTE DE DIAMANTES

Tengo un amigo que se consagra á la Química. Una tarde me dijo:

—Conozco á un anciano muy sabio que se ha retirado á una pequeña casa de las afueras de la población para hacer experimentos acerca de la cristalización de los diamantes y otras piedras preciosas. ¿Quieres que le visitemos?

Acepté la invitación, no sin cierto escrúpulo, porque las riquezas excesivas me inspiran cierto terror.

Mientras marchábamos, mi amigo me dió algunos detalles acerca de la fabricación de las piedras preciosas. Los sabios se ocupan en este asunto hace largo tiempo, y son muchas las tentativas que se han realizado para obtener diamantes artificiales. Al fin se sabe de un modo positivo que el

diamante no es más que carbón, y sobre este producto se han dirigido los experimentos; pero los cristales que se han obtenido son negros y pequeños, y su coste es tan grande que hasta ahora la experiencia ha sido considerada como mera curiosidad científica.



Nos abrió la puerta.

Llegamos á la casa del sabio. Mi amigo me advirtió que al sabio no le gustaban las visitas, y que probablemente nos recibiría con despego, pues yo era ajeno á estos estudios y recelaría de mí.

El químico nos abrió la puerta.

Era un viejecillo pobremente vestido, y su rostro no ofrecía nada de particular. Era imposible que un hombre semejante pudiese tener talento. Acogió á mi amigo afectuosamente, pero observé que me miraba con desconfianza, á pesar de los elogios que de mí le hizo mi compañero. Nos guió á través de un jardín bastante mal

cuidado. En el fondo estaba su laboratorio, que era una casucha ruinosa. El sabio había hecho derribar todos los tabiques, para formar una sola habitación espaciosa y elevada. Tenía allí una multitud de aparatos de forma caprichosa, cuyo uso me era desconocido, y por todo mobiliario, un banco y una mesa de madera. En esa extraña habitación me esperaba un deslumbramiento inconcebible. Á lo largo de las paredes y en el suelo, había grandes canastos viejos, llenos hasta los bordes de piedras preciosas de enormes tamaños. En cada cesto había una clase diferente de piedras. Los rubíes, las amatistas, las esmeraldas, los zafiros, las turquesas, los ópalos, los diamantes negros, amarillos, rosados, estaban amontonados en los rincones como carretadas de piedras á la orilla de los caminos, y brillaban con esplendor vivísimo, iluminando la sala con su centelleo irresistible. Parecían braseros de carbones encendidos, verdes, rojos, violáceos, azules, rosados. Me parecía que había allí millones de ojos de hadas que se reían en la sombra, á flor de tierra. En ningún cuento de *Las Mil y una noches* se da idea de un tesoro tan inmenso.

No pude contener un grito de admiración.

—¡Qué riqueza!—exclamé—¡Hay aquí lo bastante para comprar el mundo!

El anciano se encogió de hombros, mirándome con aire de profunda compasión.

—Cada uno de estos montones me cuesta sólo al-

gunas pesetas, por consiguiente, valen muy poco— me dijo con voz grave. Podría sembrarlos como grava y apisonar con ellos mi jardín, sin arruinarme.

Después, dirigiéndose á mi amigo, le dijo, cogiendo puñados de piedras y dejándolas caer á modo de cascada:



Dirigiéndose á mi amigo.

—Fíjese V. en estos rubíes. Son de un tamaño superior á los más grandes que se conocen. Las esmeraldas me resultan demasiado puras; en las naturales se encuentra siempre alguna mancha, y no quiero que las mías sean mejores..... Pero estoy

muy apenado por no haber podido fabricar todavía los diamantes blancos. No descanso en esta tarea, y si el éxito corona mis esfuerzos, podré morir feliz.

—Entonces—dije—será usted el hombre más rico de la tierra.

—No tal—contestó;—me limitaré á publicar un

libro en que de cuenta de mis experimentos y de la manera de practicarlos. Con esto perderán su pretendido valor las piedras preciosas, y el mundo perderá con ello.

—Pero ¿teme V. que le roben? Veo que ha puesto V. en la puerta y las ventanas gruesos barrotes de hierro; lo hace V., sin duda, para impedir un asalto.

—Es verdad, tengo miedo algunas veces—murmuró;—miedo de que los imbéciles me maten antes de que pueda descubrir el diamante blanco..... Esos pedruscos que mañana carecerán de valor, excitan hoy la



Nos había hecho sentar.

codicia de mis herederos. A éstos es á quienes temo; saben que, quitándome la vida, sepultarían conmigo los secretos de mi fabricación, y aprovecharían así todo el valor ficticio de este falso tesoro.

Y el anciano quedó pensativo. Nos había hecho

sentar encima de los montones de diamantes, y él tenía la mano izquierda escondida en el cesto de rubíes, y con la derecha dejaba caer maquinalmente puñados de gruesas esmeraldas, de igual modo que los niños hacen correr la arena entre sus dedos.

—¡ Cuán necia es la humanidad! —añadió.— Todo esto es menos que tierra, y los placeres que con ello se consiguen, menos que humo, fuerza perdida..... ¡ Ah, jovencillo! —continuó.— Si fuese tan tonto como otros, podría divertirme más que Sardanápalo y Baltasar, ó ser el monarca más poderoso de la tierra; pero todo eso es vanidad y locura.

Oyendo al anciano experimentaba extraña fascinación. La pedrería me deslumbraba con sus luces rojas, verdes, amarillas, violáceas, rosadas, azules. Había cerrado con fuerza las manos; en la izquierda tenía un puñado de rubíes, y en la derecha otro de esmeraldas. Y ¿á qué mentir? experimentaba un deseo irresistible de ocultar aquella carga en mis bolsillos. Pero venció á mi codicia el sentimiento de mi honradez; dejé las piedras y huí sin volver la cabeza atrás, sintiendo sobre mí la compasiva mirada del sabio. Entonces desperté. Todo había sido un sueño, y recordándole pensé que acaso no esté lejano el día en que haya de realizarse. La ciencia convierte en hechos todos los prodigios

La riqueza que nadie puede destruir ni mermar, es la buena educación y el amor al trabajo.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
María Pez y María Oro.....	9
El ruiseñor artificial.....	17
La ramita de mejorana.....	39
El Príncipe de Balsora.....	51
La Nochebuena.....	80
Pablito y las violetas.....	85
El bergantín <i>Encarnación</i>	93
El regaio de la hada.....	99
Debemos estar agradecidos á nuestros padres aun cuando nos riñan.....	103
El tiesto roto.....	107
El paje Desgracia.....	113
Castigo merecido.....	122
La flauta mágica.....	128
El regalo de la abuela.....	135
La planta del tabaco.....	145
El fabricante de diamantes.....	151







BIBLIOTECA NACIONAL



1001257486



053856086805